

Aquí también la Nación Crece

AUTOFICCIONES SOBRE DARREGUEIRA, LINCOLN Y PEHUAJÓ

Ingrid Sept Lasser - Ailen Ruiz - Florencia Cirolini

AQUÍ TAMBIÉN LA
NACIÓN CRECE



AGRADECIMIENTOS

A Ángeles y Aníbal, a Gabriela y Héctor, a Alejandra y Santiago por el apoyo incondicional. Por enseñarnos, abrazarnos, contenernos a la distancia y escucharnos siempre. Por incentivarnos a ser libres para ver el mundo como queramos.

A Nahuel y Dante, por desafiarnos y cuidarnos.

A la tía Marta, a la abuela María, a la tía Lili por los mimos, las comidas ricas y los elogios constantes.

A nuestras familias, por estar pendientes y alentarnos.

A nuestros amigos, por los mates, las birras y la catarsis.

A nuestros compañeros, por empujarnos a seguir en momentos difíciles.

A la gente de nuestros pueblos que formó parte de este libro, directa o indirectamente.

A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social por ser el espacio en el que nos formamos y nos encontramos. Por darnos más herramientas para ver la realidad.

A Luciano y Carlos por el sí, por el aguante y el entusiasmo con este trabajo.

A Daniela, por el minimalismo y la belleza impresa en nuestro libro.

A Rober y Ale, por leernos y por soportarnos. A Rober también por hacernos un lindo cartel.

A Julia, por seguirnos de cerca y completar el cuarteto de la resistencia.

A Cristina, por ese cartel en la ruta. A Néstor, por un Estado presente.

A los dos, por hacernos vivir un peronismo que creíamos que ya no existía.

A Juan y Eva, por los ideales.

A aquellos que sean capaces siempre de sentir, en lo más hondo, cualquier injusticia realizada contra cualquiera, en cualquier parte del mundo.



PRÓLOGO

Por Carlos Ciappina*

Hay muchos modos de aprender la realidad que nos rodea. La reconstrucción a partir de la memoria es una de las más ricas y eficaces.

Recuperar la memoria no significa recordar las cosas "tal cual fueron" sino como nosotrxs las recordamos. Y en ese "nosotrxs" van incluidas vivencias, imágenes, sueños, fantasías, deseos y también, claro, "lxs otrxs", la mirada de lxs otrxs, aquella que a su vez sólo podemos reconocer desde nosotrxs mismxs.

Hacer ese viaje temporal y territorial y a la vez dar cuenta del mismo es un esfuerzo enorme de ejercicio de esa memoria -¿memorias?- con toda su complejidad.

Darregueira, Lincoln y Pehuajó son tres territorios -no sólo geográficos, se entiende- de la provincia de Buenos Aires profunda y, como tales, expresan fuertes similitudes y a la vez enormes diferencias.

Ingrid, Ailén y Florencia dan cuenta en estas crónicas de esa complejidad.

Complejidades donde se entrecruzan mandatos históricos fundacionales, con eventos recientes. Donde se atraviesan personalidades densas y profundas que lograron trascender los marcos de cada pueblo, con actores individuales leves y fugaces que emergen para volver al anonimato rápidamente.

Memorias en donde las instituciones tradicionales y sus mandatos permanecen casi inalterables, obligando a la partida para poder respirar aires nuevos y, a la vez, desear volver a dar la batalla por la transformación.

Este es un texto que recorre tres territorios muy específicos y, al mismo tiempo, universales.

Un texto en donde conviven y se entraman tres experiencias vitales, tres miradas de género sobre la historia, la política, la cultura, los medios masivos, el racismo, la belleza, el amor, la educación, y podríamos recorrer buena parte de la experiencia humana.

¿Ficción o realidad?

Todxs sabemos que esa línea divisoria hace rato se ha desdibujado. Para mí este es un hermoso texto, donde recorrer nuestros pueblos -y al pueblo- se vuelve, final y poderosamente, una experiencia de construcción de identidades.

* Profesor y Director de la Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo de la UNLP



001/

VOLVER A CASA

Pero ahora nena quisiera volver

¡Volver a casa!

¡Solo para ver al perro!

Volver a casa - Intoxicados

Disco: No es sólo rock and roll. 2003.

MODO SEMI CAMA

Modo avión. Me resulta contradictorio poner eso en el teléfono cuando, en realidad, estoy viajando en un colectivo semi cama, sin calefacción y justo me tocó el asiento que no termina de reclinarsse bien. Los fabricantes de teléfonos no tienen en cuenta las falencias del transporte argentino.

–Decime la verdad, los peores micros los llevan para aquel lado, ¿no? –le digo al chofer mientras fumamos un pucho en la terminal de Olavarría.

–Sí, este en cualquier momento se rompe, le está fallando el acelerador.

El colectivo sale desde La Plata y hasta que llega a Darregueira pasa por las terminales de San Miguel del Monte, Olavarría, Coronel Suárez, Pigüé, Puan y Bordenave. Darregueira es el último destino, después de diez horas.

Modo avión. Yo también me pongo en modo avión. Empiezo a desenchufar la cabeza de las preocupaciones de la ciudad: las responsabilidades, el hecho de vivir sola y no poder evitar la fatiga, la Facultad, todo se va.

Esta noche, como en muchos otros viajes, no puedo dormir. El asiento es incómodo y, además, hay una señora al lado mío a la que no paran de llegarle mensajes y suena el tono que dice con la voz de un nene: “tienes un mensajito, MENSAJITO, LEE TU MENSAJIIIIITOOO”.

Trato de distraerme pensando en el pollo al disco que me va a hacer mi viejo, los canelones de la tía Marta, los ñoquis de mamá. Ir a Darregueira es sinónimo de que me van a embuchar y que, por supuesto, voy a tener que desabrocharme el pantalón en los próximos días.

La comida no es lo único, claro. Me corre algo eléctrico por el cuerpo cuando pienso en que me voy a bajar del colectivo y voy a ir directo a lo de la tía Marta a abrazarla. Imaginar ese abrazo me saca una sonrisa boluda. Es que no voy hace tres meses.

Nos veo a mi viejo y a mí haciendo lo de siempre: tomar vino o cerveza, quejarnos del mundo, hablar de política civilizadamente y no como antes que nos tirábamos cascotazos.

Mamá me va a taladrar los oídos: que está harta de lidiar con los adultos más que con los chicos en la escuela, que quiere jubilarse ya. Pero también mamá me va a sobreproteger, a mimar, a contar chistes malos.

Me duele la espalda. Intento dormir, pero la señora de al lado sigue teniendo un mensajito, MENSAJITO, LEE TU MENSAJIIIIITOOO. Lea su mensajito y ponga el teléfono en silencio, mujer. La señora se baja en Pigüé, finalmente. Son las seis de la mañana. Falta una hora y media para llegar y no dormí una mierda.

En los viajes, imagino posibles tesis para la Licenciatura. Es como un don creativo

que me viene con el micro en movimiento. En Puan, cuando queda una hora para llegar, pienso en hacer un ambicioso análisis de la gráfica del primer peronismo. Desisto. Son muchas horas sin dormir y los pensamientos se me ponen bastante li-sérgicos. En los auriculares suena *Lucy in the sky with diamonds*, de los Beatles. Y, sí. Cierro los ojos porque, como decía mi abuela Catalina, “Puan, pueblo choto”. Realmente, qué pueblo feo. Sospecho que en Puan nunca hay días de sol. Es un pueblo gris, sofocante, bajonero. Puan es cabeza de distrito. Sigo sin poder explicar por qué. Sólo por antigüedad, porque Darregueira lo supera en cantidad de habitantes.

Lo que se viene en la ruta es aún menos interesante. Azopardo: tierra de chorizos secos que ya no deben ni existir, un geriátrico y una juventud que no existe. “Pueblo de primera, porque ponés segunda y ya te pasaste”, dirían los paisanos. Bordenave: ¿por qué para el micro en este pueblo? Nunca sube ni baja nadie.

Ya es hora de llamar a mi vieja para que me vaya a buscar. Quedan quince minutos. La entrada del INTA me funciona de temporizador.

El Cristo gigante de chapa, qué tétrico. La escalera al cielo que dice “Darregueira” en letras *Hollywood*. El parque industrial que tiene como protagonistas a la miel de Industrias Proa, los silos de TAMESAR y las maquinarias agrícolas de Juber. Todo tan agrario que ya sé que es mi casa.

Entramos al pueblo. El mapa del distrito de Puan que señala dónde está Darregueira está ahí. “Estamos en el culo de la provincia”, pienso. Mamita querida. ¿Mamá ya estará en la terminal?

Agarramos Diagonal Moreno. El único semáforo del pueblo está en rojo. Me paro cerca de la puerta cuando doblamos para la calle 9 de Julio y quedan dos cuadras para la terminal, que está en el centro, a media cuadra de la plaza Melín Alhué.

El colectivo frena, por fin, en mi destino. Tengo las rodillas duras y, con mucho esfuerzo, puedo bajar. Maldito semi cama. El monopolio lamentable del Jetmar que antes fue Cóndor Estrella. Hay sólo dos espacios para colectivos. Hace varios meses que las cagadas de palomas sobreviven en la terminal, ya están secas y absolutamente nadie las limpia. Las logro esquivar.

La terminal de Darregueira es el centro de las cagadas de palomas, la gruta de una virgen cualquier y el pibe con paso rápido que viene encorvado a buscar el bolso sin mirar si realmente es el mío.

Mamá está ahí, cagada de frío porque cayó una helada tremenda en el pueblo.

–Hola bichi.

–Hola ma, la puta madre, qué frío que hace acá –intento abrazarla, no termino de hacerlo bien por el frío y la contractura–. No, dejá, yo llevo el bolso.

Damos la vuelta en el auto hasta la calle que está atrás de la terminal. La panadería Itatí no está abierta todavía, pero abre a las ocho y mi saliva lo sabe.

La tradición de mis llegadas al pueblo es cruzarme a Osvaldo, el canillita, que tiene una sonrisa, una canción para gritar y una mano levantada para saludar, cuando va con su carrito de botellas. No es Darregueira si primero no me cruzo a Osvaldo.

No es Darregueira si llego a casa y no me reciben los perros del barrio: la Lula, la Finita y el Chocolate.

–¿Dónde está la perrita más linda del condado? –esa voz de boluda sí se puede escuchar, Ingrid.

Cleopatra, la manto negro, salta y me ensucia. Sus patas me llegan a los hombros y parece que me abraza. O es lo que yo quiero pensar. En el patio, atrás del alambrado de la vecina, está Pelusa. Es mi gata que me pasa factura por haber faltado de casa mucho tiempo y se hace rogar.

Mi otra tradición, después de los saludos animales: voy a Itatí a comprar facturas de hojaldre, vuelvo a casa y preparo un café en saquito. Prendo la tele y está en C5N, que llegó hace poco al videocable de Darregueira. Está Rígoli -qué desagradable- y pongo el canal 26, que en la grilla del videocable local es TBS. Está Capusotto. Yo ya gané.

Me llega un SMS: “ya llegaste querida?”. Es la tía Marta, la única persona que tengo agendada en mi teléfono con dos corazones. Martita es rubia mireya, es mi madrina y siempre me espera con un mate y con un pan con crema doble. Voy con ella, que me recibe con un abrazo y muchos besos.

Mientras vuelvo a mi casa, en la única cuadra que tengo que caminar, me saludan cuatro personas. No sé quiénes son, no creo que sepan quién soy yo, pero el saludo en Darregueira es cosa que no se niega.

Del asfalto paso a la calle de tierra en la que vivo. “El progreso se quedó a media cuadra”, pienso.

–Ey, Lula Da Silva –lo digo bajito, por si algún vecino escucha. A la perra no le pusieron Lula por el dirigente brasilero, a mí me gusta pensar que sí.

Son las 10:30 de la mañana. Hace un día que no duermo, pero sigo con energías para esperar con la comida a mis viejos cuando lleguen de laburar. El menú de hoy: los *kivikls*, una receta alemana, rusa, ya no sé de dónde viene. Son unos rollos de masa finita, intentando ser transparente, con pasas de uva en el medio y cocinados en la olla *Essen* con un colchón de papas. También se pueden hacer rollitos sin relleno o con jamón crudo y se hierven en estofado. Pero me gusta más la primera opción.

En el pueblo los *kivikls* son populares y motivo de alarde en las redes sociales. Cuando estoy lejos, veo las fotos de mis contactos darregueirenses comiéndolos y me dan muchas ganas de volver a casa. Hoy los hago por primera vez, porque en realidad el especialista es mi viejo.

Nos sentamos los tres a comer. Los vidrios de las ventanas están empañados y todo

parece una blanca Navidad de esas películas *yankees* que pasan por Cinecanal.

Y ahora sí, el sopor.

–Ya tenés la cama lista bichi, te puse dos frazadas y un acolchado más para que estés bien calentita.

Si mamá pudiera, se arrancarían la piel para abrigarme.

–Bueno, hasta mañana... – dice mi viejo.

Siesta. Ya me había olvidado que existía. Mi pieza está intacta: el piano, el escritorio con fotos, una foto grande de cuando cumplí 15 y el cuadro de mi viaje de egresados. En la mesa de luz, la foto de mi tío Miguel. Como si la adolescencia nunca se hubiera ido de esa habitación. Como si nunca me hubiera ido. Como en casa.

TÉ PARA TRES

Cuando decido ir a Lincoln necesito una semana para hacerme la idea. Reniego un poco por ir, por tomarme el TALP, por tener que ir caminando por Diagonal 74 o gastar en un taxi hasta la terminal. El día que tengo que viajar me cambia la actitud y enumero las cosas que voy a hacer cuando llegue: ir a comer tortilla a lo de mi abuela, desayunar con mi viejos, escuchar la radio, mirar una película juntos y comer un asado el domingo al mediodía. No tengo ganas de ir, hasta que llega el día que viajo. Aunque el verano en Lincoln se sufre tanto como en La Plata, cuando pienso en viajar, lo imagino siempre en otoño o en invierno. Pienso que me bajo en la terminal y camino a las 6:30 de la mañana, cuando todavía es de noche, por la ancha Avenida Alem con mi mochila repleta, veo la escarcha en los techos de los autos y juntó la tierra en las zapatillas que se amontona en la calle.

Mi vieja me va a esperar en el auto cuando llegue, a veces con el perro, a veces sola. Mi cusco se va a mear encima cuando me vea, va a llorar y mi viejo se va a levantar a saludarme para tomarse un té conmigo.

Un rato antes de tomarme el micro digo “qué bueno, voy a estar seis horas encerrada en un micro con la luz apagada. La justificación perfecta para dormir y no hacer nada”. Cuando pasan dos horas de viaje puteo porque, cuando lo dije, me había olvidado que el micro es un lechero: pasa por todos los pueblos que hay hasta Lincoln. También que los asientos apenas se reclinan y son incómodos, que no puedo prender las luces y que estoy rezando que no llueva porque sino se filtra el agua. Nadie tiene ganas de viajar toda la noche con la gota que le cae en la frente. Antes de cada viaje me olvido del padecimiento y creo que voy a poder dormir.

Voy escuchando música y me acomodo contra la ventana, nunca me siento del lado del pasillo. Uso la mochila para rellenar los espacios que hay entre el asiento y mi cuerpo. Agradezco viajar liviana, solamente con una mochila y me acuerdo de antes, cuando iba más seguido, cada un mes y medio o dos, que viajaba con un bolso lleno de mudas de ropa para tener opciones para salir.

Viajo en el micro de las 11 de la noche, porque el de día tarda ocho horas en vez de seis. Si es invierno nos morimos de calor; si es verano, nos morimos de frío. Una vez sufrí tanto el calor, que me asomé al final del pasillo para ver la pantallita con la hora y la temperatura. Marcaba 27° y afuera hacía como 8°. Era invierno, así que no se me ocurrió ponerme una remera en vez de una camiseta de manga larga. Paró en Mercedes y bajé al baño. Cuando terminé de hacer pis, el desajuste que me dio el golpe de aire frío con el cuerpo hirviendo me hizo vomitar. Cuando entré, le pedí a los choferes que bajaran la temperatura porque me había descompuesto. Me respon-

dieron que ellos tenían frío. “No tenemos termostato”, dijeron, y se me cagaron de risa por el olor a vómito. Así que ahora llevo una musculosa debajo de un *pullover* y un bufandón para taparme por si tengo calor.

Antes de salir de La Plata me duermo un poco, después me despierto por Chacabuco y se que me quedan cuatro horas. Pienso en que voy a ver a mis amigas. Espero tener ganas de salir el sábado e intento volver a dormir. El dolor de cintura me despierta cada media hora y cuando llego al acceso a Junín y veo el arco de la entrada de la Sociedad Rural, ya sé que me queda poco. Entra en la última terminal de ómnibus y sigue el camino hacia Lincoln. Me acuerdo que por un tiempo pude abandonar el TALP por dos trenes: uno de Retiro y otro de la estación de Once. El primero paraba en Junín y había que tomarse el Pullman que venía desde Buenos Aires. Hoy sale casi lo mismo que el micro. El segundo llegaba a Lincoln pero ya no funciona.

A veces intento ver por la ventanilla alguna de las dos entradas a Bayauca para saber por dónde voy, pero nunca puedo en la oscuridad, así que me quedo con mi viejo *MP3* en la aurora azul que hacen las luces nocturnas del micro. Cuando veo unos destellos naranjas por la ventanilla, quiere decir que estamos llegando a la rotonda. El micro da la vuelta y pasa delante del Arlequín de hierro gigante naranja y verde, que está al lado de las letras de hormigón cuadradas que forman “Lincoln”. Detrás de eso está el fallido homenaje a Arturo Jauretche, que con el cambio de gestión pasó a ser una garita de turismo. Después seguimos el camino de palmeras y postes de luz rojos que siguen durante 4 km, hasta que se convierte en la Avenida Massey.

Ya son las 6 de la mañana. Corro la cortina húmeda de la ventana y limpio el vidrio con la mano para ver. Pasamos por el Centro de Empleados de Comercio, que ahora tiene una pileta nueva y ya inauguró la colonia. Me llaman la atención algunos locales nuevos, viveros, puestos de loza, pero nunca faltan las semilleras. Del otro lado está el sendero para los que van a caminar y hacen ejercicio. Sigue igual que siempre, con sus puestos de madera, con algunos focos rotos y con algún valiente que fue a correr a esa hora con el perro. Verifico que las casas del acceso estén iguales, y que estén los carteles que sirven de indicación, como el del motel o de la balanza de camiones.

Enfrente los boliches a veces cambian un poco. “Ego” pintó con otros colores, “Fama” agregó algún que otro revoque, “La Esquina” está casi siempre cerrada y el “Bar 40”, que ya lleva como seis años, prueba decorados o luces nuevas. Desde hace poco está intentando que la cerveza artesanal lo haga más nuevo que al resto. En realidad son tres galpones con una diagramación muy parecida, con los mismos decorados pero con diferentes dimensiones. Tienen luces *led*, fluorescentes y están pintados de colores oscuros. En todos hay tierra y polvo, y queda de la noche anterior el olor que los caracteriza: a vómito, alcohol, resaca y pucho. Conservan una

sensación de vejez, porque son los mismos lugares donde posamos para una foto en el 2008 o en el verano pasado. Son una versión barata, muy fallida y chica de lo que intentan ser: un boliche de Bariloche.

Cuando entro al pueblo siento el topecito de las vías y veo la pintura del Hotel Castilla, de un caballero que con tanta nariz, casco de armadura medieval y bigote, no tiene ojos. Tiene unos molinos atrás, por lo que calculo que es “Don Quijote” o algo así. Es el hotel de las vías, un poco rancio y tiene pinta ser el hogar a donde van a morir los divorciados. Nunca conocí a alguien que se hospedara en él, como si no fuera una opción sana. De día nunca hay gente y de noche, si hay algún partido, se juntan algunos amigos a comer algo en el hall de entrada, que funciona como el restaurante de un club de barrio.

En las vías no hay barrera, hace mucho me dijeron que un pibe se la llevó puesta y perdió una pierna por eso. Para ayudarlo, el Municipio le había dado un micro para que llevara a la chicos al boliche cuando se abrieron en el acceso.

Tengo que ponerme los abrigos, agarrar mi mochila y, seguramente, hacerme un rodete en el pelo. Cuando termina el Acceso Hipólito Yrigoyen, la Massey está sola, fría, con un poco de niebla y naranja por las luces. La primera plaza que veo es la “placita Sarmiento”, que antes era la cuna de muchas cosas, estaba siempre oscura, tomada por la maleza y de noche, cuando pasabas por la vereda, veías entre el manto negro los pitillos naranjas que se encendían. Cuando se remodeló quedó impecable, pero en la esquina que apunta a las vías, hicieron una especie de arco o puerta hacia la nada en donde iban a colgar una “campana de la paz” que algunos municipios se habían ganado pero nunca apareció.

El micro sigue por la avenida principal, pasamos por el “Club Lincoln”, la YPF y por los primeros edificios de la ciudad hasta llegar a la esquina del bar “Ocio” y la Farmacia Tellechea, en la cuadra del Cine Club “Jorge Newbery”. Me muero por llegar. Dobla y hace una cuadra por donde está el (club) “Español” y cruzando la Avenida Alem, estaciona en la terminal. Como toda terminal, no importa las ganas que le pongan, los colores, pintura o decorados, es el lugar de paso de los borrachines y de todos los perros callejeros. Hace unos años un conocido profesional fue visto con las manos en la masa, mientras envenenaba a los perros de la estación. Lo gracioso es que era veterinario.

En un fuerte intento por lavarle la cara, pusieron en una punta el Museo Municipal de Bellas Artes “Manuel Balarino” o MUBAL. Así que por una puerta entró a lugar con perros durmiendo por todo el piso, con las paredes llenas de venecitas viejas en tonos celestes, con garitas que tienen carteles del año del culo, incluso de empresas de transporte que ya cerraron. Algunas garitas quedaron vacías hace mucho y siguen cerradas con alguna mesa o silla, sepultadas en polvo.

Me bajo primera porque ya tengo la mochila en la mano y no tengo que agarrar ningún bolso. Enfrente está estacionada mi mamá porque le avisé en la rotonda que estaba llegando. Me subo al auto y me abraza muy fuerte, me lleva a casa escuchando alguno de los seis CDs que siempre tiene en el auto.

Mi cuadra es la primera calle de asfalto después de la larga línea de tierra a la espera del pavimento. Así que está todo lleno de tierra por los autos y el viento que la arrastran hacia adelante. Hay pocos árboles porque al lado de mi casa hay una distribuidora de SanCor y cada vez que entran los camiones de carga, rompen todas las copas. Quedaron unos pocos palitos apestados que no cubren el sol del verano.

Entro por el mismo portón de madera de hace seis años y mi perro ya empieza a llover y arrinconarse en la puerta para hacerme la fiesta cuando entre. En mi casa hace frío porque mi mamá es calurosa, me siento y ella me hace un té. Mi viejo se levanta haciendo chistes y me abraza muy fuerte. Nos sentamos los tres a charlar un ratito antes de acostarnos aunque sea una hora porque tipo 9 de la mañana vamos a tomar unos mates en la cama, y vamos a ir a comprar las cosas para que mi abuela haga su tortilla de seis huevos.

HORA DE VOLVER

-¿Y qué es para vos?

-Pehuajó es la tierra donde me crié, donde formé mi personalidad, la ciudad a donde siempre quiero volver, mi lugar en el mundo.

-Claro, entiendo, pero...

-Quizás para otros sea un pueblo de mierda o una ciudad del montón. Pero es mi casa.

Ya pasaron más de diez días, es hora de volver a casa. Es hora de ver a la misma gente y de hacer las mismas cosas, pero esta vez será diferente. El Club Atlético Defensores del Este, el "azulgrana", disputará el último partido de la final. Controlé el bolso varias veces, creo que no me olvido de nada, pero tengo la certeza de que cuando abra el bolso voy a descubrir que algo me faltó. Miro el reloj y faltan dos horas y monedas para la salida del micro. Ingrid abre la segunda birra y yo sé que por décima vez voy a tener que aguantar durante más de seis horas las ganas de ir al baño. En el tambaleo del micro se vuelve demasiado complejo embocarle al inodoro.

Asiento con la cabeza lo que dice Ingrid porque es cierto, me vaya un finde o me vaya tres meses, nos extrañamos. Viajó un par de veces conmigo y ahí entendió que en Pehuajó me esperan un par de tareas por realizar: visitar al primaje -son diez en total: Naná, Agus, Lu, Joa, Mari, Pancho, Benja, Valen, Cata, Nati- abrazar a mamá, compartir una birra con los pibes del club, ponerme al día con la tía, pasar una tarde con mis amigas, dejarme malcriar por la abuela. Voy a hacer todas esas cosas, pero mi cabeza ya está en el domingo. Estoy re manija, lo podríamos haber resuelto en el segundo partido pero jugamos como el culo y Maderense se aprovechó de eso.

Salimos a la cancha creyéndonos campeones, el partido de ida lo habíamos ganado con facilidad, sacamos un 2 a 0 de visitantes, eso nos agrandaba. El partido de vuelta nos tocó de locales y el sueño de consagrarnos en casa lo tiramos por la borda. Ese partido no hilamos tres pases juntos. No se nos cayó una idea, el DT nos hizo las indicaciones al pedo, estuvimos parados, mirando a la nada misma. Después del 1 a 0 abajo logramos el empate con un poco de suerte, pero en el minuto 42 Maderense metió el 2 a 1 y no lo pudimos remontar por nada del mundo.

Cerré el bolso y lo dejé cerca de la puerta. Ya era hora de cortar para la terminal: el contratiempo más lindo se aproximaba. Faltaban cuarenta minutos para la salida del micro que se anuncia a Santa Rosa. Los "Este" y los "202" por lo general pasan cada dos minutos pero, cuando los necesitás, tardan más de media hora. Subí al "Este 16" y bajé en la parada de la terminal. Me senté en un banco de los que se usan para esperar al "Plaza". Antes de avisar en el grupo de *Whatsapp* que ya estaba en la terminal,

me puse a tararear la canción de la hinchada "azulgrana", esa que se volvió silencio cuando nuestro defensor le pifió a la pelota y el de Maderense la mandó a guardar. Ese día nos metimos los papelitos y los fuegos artificiales en el culo. Este domingo no va a pasar lo mismo.

Saludé a varios conocidos y, cuando el micro se demoró, me acordé de la frecuencia con la que esto sucedía, como así también de la familia de los dueños del monopolio. Imagino el festejo de gol que voy a hacer con mi viejo. El micro ahuyenta a las palomas y esas cosas horribles vuelan para mi lado. El chofer se bajó del micro y fue a buscar el listado de pasajeros. Hace un año le designaron el recorrido La Plata - Santa Rosa, ya somos figurita repetida.

-¿Otra vez vos? -me cargó antes de agarrar el pasaje.

-Otra vez, el anteúltimo viaje del año. Pero el mejor.

-Yo pensé que el mejor era el último, el de las vacaciones.

-El mejor es este. A La Plata vuelvo campeona, acordate. Mi equipo se va a consagrar después de doce años.

-Futbolera, bien. ¡Seguro así será!

Las viejas de la fila se empezaron a impacientar. Entonces, nos deseamos éxitos y me subí al micro. Arriba, asiento individual, del lado de la banquina. Me acomodé y pensé: "el domingo cueste lo que cueste". Me calcé los auriculares y le di *play* a la lista de reproducción "Pehua voy por vos".

Estoy impaciente. Quiero ver las tribunas repletas, quiero ver a los pibes agitar, quiero cantar "*el que no alienta al Defe/¿para que carajo vino?/no tengo un peso/y vengo igual*". Mientras la música suena, crecen las ganas de gritarle a los jugadores que pongan huevo, que dejen la vida en la cancha. La ansiedad me hace querer saltar aupa de papá para gritar el gol hasta quedarnos sin voz y llorar sin parar. Quiero ver a la misma gente, hacer las mismas cosas de siempre. Pero esta vez va a ser diferente. Este domingo la que pateé el suelo de rabia no voy a ser yo, la que aliente en vano no voy a ser yo. Voy a ser la que grite, salte, se abra y festeje. El club del que soy hincha, gritará campeón después de doce años.

002/
**LAS TRIBUS DE
NUESTRAS CALLES**

¡Buena Suerte! ¡Y más que suerte! (sin
alarma...)

Me voy corriendo a ver que escribe en mi
pared
la tribu de mi calle. ¡La banda de mi calle!

Vencedores vencidos - Patricio Rey y sus
Redonditos de Ricota

Disco: Un baion para el ojo idiota, 1988.

EL CEMENTO QUE HABLA

Cada vez que digo de dónde vengo, esta es la conversación:

–¿Dónde queda Darraqueira?

–DarrEgueira, no Darraqueira. Así se llamaba antes, de hecho.

–¿Regueira? ¿Cómo?

–Da-rre-guei-ra –siempre resoplo en esta parte.

–Ahhh ¿y dónde queda?

Entonces yo tengo un discurso armado que saco en estas oportunidades. Me pongo en modo piloto automático y arranco:

–Darraqueira es un pueblito que está todavía en la provincia de Buenos Aires, en el sudoeste, pero bien cerca del límite con La Pampa. Casi somos más pampeanos que bonaerenses –acá siempre largo una risita boluda.

–¿Y Darraqueira es un municipio?

–No, estamos dentro del distrito de Puan. O sea, dependemos políticamente de Puan y es una mierda porque no merece ser cabeza de partido, porque en realidad los que tenemos más habitantes somos nosotros, pero ellos son más antiguos. Qué pueblo choto, Puan. Los odio profundamente.

Ese es el punto en el que me siento Homero Simpson odiando a *Shelbyville*, agitando bien fuerte el brazo con el puño cerrado y frunciendo el ceño con un gesto muy hostil. El conflicto Darraqueira vs. Puan se traslada a todo: cuál tiene más fiestas, cuál recibe más atención del Intendente, cuántas obras se hacen por año, etcétera. La parte política es mi favorita en esta rivalidad: porque si el Intendente es de Puan, todo Darraqueira se la agita porque es de Puan y va a hacer todo para ese pueblo choto. En cambio, los de Puan nos bardean si el Intendente es de Darraqueira –cosa que pasó contadas veces–.

–Hubo un momento que nos quisimos ir del distrito de Puan. Habían hecho una iniciativa allá por el 2005 para irnos y armar un distrito nuevo, nosotros como cabeceira, obvio, con unos pueblos de Adolfo Alsina que están ahí cerca. Pero no prosperó. Yo igual soy separatista.

Me siento Cataluña con España cuando digo “separatista”. Algo así es entre Darraqueira y Puan, como riña entre paisanos escabiados en el bolichón del pueblo.

Mi evangelio sobre Darraqueira consiste en contar quién fue el tipo en cuestión al que le usamos el apellido. Siempre me equivoco y meto la pata sobre si fue parte de la Asamblea del XIII o Diputado del Congreso de Tucumán. Entonces, lo googleo para no mentir. Sí, Diputado nomás. Lo que siempre me gustó es que Darraqueira era peruano y nosotros nos hacemos los gringos porque la mayoría somos descendientes

de inmigrantes europeos. Creo que la mayoría nunca se preocupó demasiado por saber quién fue Darraqueira.

–En la entrada del pueblo, está el monumento de la escalera al cielo, que es horrible.

–¿Por qué?

–Y, es un *cacho de cemento con una vía encastrada, una cruz, una rueda tipo la de Tiempos Modernos de Chaplin*. Y encima tenés enfrente de eso a un Cristo de chapa que tiene 9 metros y da bastante miedo. Ese acceso se llama “Papa Francisco”, además. Decime si no somos católicos.

“Fe, unión, progreso y trabajo”, dice el bloque de cemento con la escalera al cielo. Ese slogan surgió en el 2006, en el Centenario del pueblo, con una canción muy pegadiza como si fuera una publicidad de radio.

El progreso y el trabajo son el *leit motiv* del pueblo. Una visión que viene del paradigma positivista con el que Darraqueira fue pensado y hecho, igual que muchos otros lugares de la provincia de Buenos Aires. Y en la charla me viene la parte en la que me patina la “r” de tanto pronunciarla:

–Darraqueira nació por el ferrocarril. Es uno de los tantos pueblos del Interior que se fundó por el tren. Pero lo más triste es que yo nunca viajé porque en los 90 sacaron el tren de pasajeros. El de carga siguió igual.

–Es de los pueblos que dicen “atrás de la vía” y se arma un quilombo bárbaro.

–Sí, es la gran forma de discriminar gente: allá a veces decís “qué querés con esa gente de atrás de la vía”. Y ellos dirán lo mismo de los que vivimos del otro lado de la estación. La estación divide al pueblo, pero está a dos cuadras de la plaza. Super céntrica.

En mi mente suena “Yo quiero ver un tren”, de Spinetta. Pienso en mi vieja y la cantidad de entrevistas que les hizo a los ferroviarios del pueblo para contar su historia, que es la historia de Darraqueira.

Siempre que hablo de mi pueblo, no puedo omitir que mi vieja le puso un nombre mapuche a la plaza principal, esa que está rodeada, como en toda localidad bonaerense, por la iglesia, la comisaría, la escuela primaria, el chalet de algún terrateniente rico y la sede que representa al gobierno municipal.

–Mi vieja en el 2000, 2001, creo, propuso un nombre para la plaza con un grupo de chicos de una escuela: “Melín Alhué”.

–¿Qué?

–“Melín Alhué”, es mapuche. Significa “ser cuatro almas”.

–Ah, re profunda tu vieja.

–No te creas, si vas al pueblo es bastante evidente. Las cuatro almas son las cuatro diagonales del pueblo que convergen en la plaza. Pero lo hermoso es que metió algo progre en un pueblo conservador.

Mi vieja se metió con la historia eurocéntrica de Darregueira y sus calles, donde los Indios Ranqueles conviven con su exterminador, el Comandante Paris; o una de las diagonales “almas” que llega a la plaza “Melín Alhué” se llama “12 de octubre” y el acceso principal al pueblo lleva el nombre de Julio A. Roca. Hace poco menos de un año se le puso a una callecita de una cuadra el nombre de Rosa Bertani, la primera maestra.

No sólo las calles reproducen esa supuesta historia de gringos laburantes que se ganaron cada centavo laburando la tierra, trabajando en el ferrocarril de pueblo en pueblo, haciendo la Patria. Todos los días los habitantes del pueblo, desde el más pobre hasta el más rico, dicen que todo es fruto del esfuerzo, que los chinos y los bolivianos vienen a robar el trabajo.

No sólo las calles niegan la historia de nuestros pueblos originarios, aquellos que estaban antes de que llegaran los ingleses, nuestros pampas, ranqueles, querandíes y mapuches. La historia de los ingleses figura en todos los aniversarios del pueblo, con una reseña muy bonita sobre ese 5 de octubre de 1906 y lo generosos que fueron esos hombres al darnos un pedazo de tierra para vivir. Nadie manifiesta saber mucho sobre los pueblos originarios, que quedarán en algún mapa añejo de Geografía de 4° grado que ya nadie recuerda y respira naftalina en un placard.

–“Melín Alhué” fue sólo una mezcla de dos palabras. Pero Don Otto, uno de los viejos del pueblo que tomaba la decisión sobre el nombre de la plaza, lo confundió con un mapuche de carne y hueso.

–¿Me estás jodiendo?

–No, te juro, mi vieja siempre lo cuenta. Dice que dijo: “Melín Alhué, Melín Alhué, nunca escuché que ese indio anduviera por acá”.

–Qué ignorante.

–No sé si decir que es ignorancia, es que nunca nos hablaron de eso. Entonces no podés pedir mucho más, porque tampoco hay tanta información en los libros que hay sobre Darregueira. Lo bueno es que pudo explicarlo y por lo menos el viejo supo de qué iba la cosa.

Me gusta pensar que “Melín Alhué” es una pequeña esperanza verde frente a los asfaltos que llevan el nombre de la muerte, los accesos al pueblo que reivindicaban a los gringos, los Cristos gigantes, los trenes que ya no funcionan para llevar gente pero sí para llevar los productos de la cosecha y dividir a una sociedad.

Todo pasa en la Plaza Rivadavia y en la Avenida Massey. El corso, las ferias, los artesanos, las ventas y publicidades de las fiestas. Jauretche decía, con mucha razón: “todas las calles del pueblo me llevaban camino de la plaza, donde, como he dicho era inevitable ir a parar. Por lo menos en la infancia, ya que los mozos preferían la ‘vuelta del perro’, en las dos cuadras principales de la Avenida Massey, con cambios de saludos y sobre todo de miraditas”. Los sábados a la mañana esta “la feria”, donde venden fiambres, mermeladas, facturas, todo de producción artesanal. Mi abuela iba antes de hacer el almuerzo para comprar un buen salame.

Como toda plaza principal está rodeada por la Iglesia, la Municipalidad, los bancos, una escuela, el Registro de las Personas, la farmacia y, en el caso de Lincoln, el Club Español.

Pienso entonces en cuatro nombres importantes cuando hablo del pueblo: Arturo Massey, Leandro N. Alem, Bernardino Rivadavia y Abraham Lincoln.

Cuando leí Pantalones Cortos, me enteré por primera vez de quién era Massey. Resulta que se trata de uno de los primeros intendentes, Senador y “caudillo conservador”, según Jauretche. En sus primeras páginas dice que él no lo llegó a conocer, “pero el pueblo debe tener muy buen recuerdo porque la avenida principal aún lleva su nombre y han pasado por su gobierno, primero los radicales y luego los peronistas”. Fue la primera calle que se nombró. También que gracias a él, fuimos la primera localidad del distrito que tuvo luz y agua potable y que por su notable nepotismo, duró un tiempo él y su cuñado en la dirección de la intendencia.

La Além es un poco más fea que la Massey, porque no es una calle tan comercial y los negocios se funden más rápido de ese lado que del otro. Es como si no pasara mucho de esa cara de la plaza, solo cuando no alcanzó el lado de la avenida principal para los feriantes o los eventos. Lo que sí me enteré es que antes se llamaba “Centenario Argentino”.

De chica me imaginaba que en las esquinas de las calles se paraban los hombres que habían homenajeado con sus nombres. Muy pocos tenían cara, pero lo veía a Don Hipólito, que era como Sarmiento pero con más pelo, saludando en la esquina de la Avenida Perón, al General. Me imaginaba a Sarmiento en la placita, parado y con cara de malo como el busto de la escuela y San Martín en la entrada del parque que lleva su nombre. Cuando fui más grande y le pude poner cara a la mayoría, se me hizo un poco raro que se saludaran Rivadavia y Perón, Lavalle y San Martín o Eva Perón con todo el grupo de hombres que conforman el pueblo. Por las dudas a Eva la habían mandado a la otra punta, es el nombre de un acceso que se usa muy poco

y no hace mucho era de tierra. No es que se choquen en las esquinas pero me hacía una idea extraña de que vivían todos ahí.

Por si era poco que el único nombre de mujer estuviera tan lejos del centro, también fue raro que cambiaran el busto de Eva, que estaba en la plaza principal frente a la Municipalidad, enfrente de la Iglesia. Dos caras bastantes distintas, que se miraron mucho tiempo. Resulta extraño que esté una mujer que le dijeron Santa, del lado de la institución de los curas y monjas que seguramente sangraron por la nariz al ver como santificaban a una actriz. La gestión peronista lo devolvió a su lugar y me había quedado la duda, así que me mandaron una foto de ella en medio de la plaza con un pañuelo verde atado en el cuello. La gestión radical no existe más, tampoco la peronista, ahora es el gobierno de Cambiemos, el mismo que cambió el museo de Jauretche por una garita de turismo y que le repartió “El Príncipe”, de Maquiavelo, un día de reyes, a los niños en vez de “El Principito”.

Al que si le puse cara de chica, gracias a los dibujitos y a los *Simpson*, fue a Abraham Lincoln. Después me di cuenta que había un cuadro gigante de él en la biblioteca de la Escuela porque mi colegio también se llama así en honor a él.

Tiene un himno, que me retaron por no cantar muchos años después: “*¡Bella bandera de paz en un cielo de estrellas!*”, dice. Y lo adula: “*Vidente ciudadano de las conciencias libres/con Washington patriarca y apóstol sin igual/(...) Sublime leñador*”. Siempre me pregunté cómo cuerno había llegado a llamarse un pueblo de la Provincia de Buenos Aires como un prócer estadounidense. No había ningún otro extranjero. De chica creí que todos los nombres del pueblo eran de patriotas. Hombres honorables. Siempre hombres. Hay tantos extranjeros como mujeres homenajeadas. Para eso había que pensar por qué se creó Lincoln. Es raro que no hubiera nada y simplemente alguien vino, puso un palo y dijo: “esto se va a ser un pueblo y se va a llamar como Abraham Lincoln”.

En el 2015 Lincoln cumplió 150 años. Se hizo un carnaval pero en invierno, porque el aniversario es el 19 de julio, un día después de mi cumpleaños. Y la gestión de ese momento, lanzó un libro en conmemoración, en el que se detalla la historia y trayectoria. El primer capítulo es del Intendente de esa época y el título es “orgullosamente linqueño”. Algo que quiero descifrar, lo de “linqueño”. Le siguen emblemas e himnos: la Bandera Nacional con su canción, la bonaerense igual, el himno linqueño por Félix Crous y su escudo, que es un sol, una vaca, trigo y siembra. Sigue la Oración a la Patria con una foto del Papa Francisco y, por último, con la figura de un sol y unas manos que rompen cadenas, se ve la foto de Abraham Lincoln y su himno.

El tercer capítulo denominado “Un poco de historia”, describe la fundación. Habla de la necesidad de “ejercer hegemonía sobre el territorio desierto”, “sin leyes ni fronteras (...) la concesión de tierras gratuitas en la frontera por parte del gobierno con

el fin de expandir la civilización”. Después de decir, y no de forma irónica, la palabra “civilización”, hablan de Jauretche como “el pensador Nacional”. Justo la dicotomía sarmientina que él se pasó la vida discutiendo.

En otro libro supe que los vecinos de Junín y Rojas querían que en la zona del “Fortín El Chañar”, exista un pueblo, que evite la amenaza del “salvaje de la Pampa”. Proponeían bautizarlo “Saavedra”.

Entiendo que Sarmiento proponía la mirada eurocéntrica, que quería que seamos grandes como el vecino de Norteamérica. Pero al igual que Lincoln, Saavedra tampoco era nuestro. No era de la pampa, como tampoco Lavalle, Brown, Roque Saenz Peña o Sarmiento. No hay casi nombres de linqueños en las calles, en las escuelas o en las plazas. Todo lo que se nombra en el pueblo no habla de él, sino de afuera, o de lo que afuera creen que somos. Tampoco sé si nos llamábamos linqueños, porque si había que civilizar a alguien, no era tan desierto después de todo.

Creo que ser linqueño es todo eso y mucho más, es querer llamarse “Lincoln” en vez de “Saavedra”, “Sarmiento” en vez de “Jauretche”. No sé si tenemos mucho de nosotros, estaría bueno que lo digamos y que una maestra no rete a una alumna porque no siente propio cantar al “Sublime Leñador”.

SI DE RAÍCES SE TRATA

En La Plata hay una plaza cada seis cuadras, diagonales por doquier y 1 km y medio entre la terminal y la Municipalidad. En Pehuajó hay once cuadras de avenida a avenida, diez rotondas y 800 metros de casa al trabajo. La Plata y Pehuajó, a pesar de sus particularidades, tienen varias cosas en común. A la plaza principal de las dos ciudades la rodean el municipio, la Iglesia católica, una escuela y dos edificios. Las tareas de la Secretaría de Medio Ambiente se empezaron a cumplir luego de una gran inundación. Las dos ciudades fueron fundadas por el mismo hombre: Dardo Rocha. Cuando uno vuelve a la Ciudad de las Diagonales se siente un poquito más torpe que antes. Se choca todo, inclusive a la gente, aparecen nuevos moretones. La extensión en kilómetros cuadrados de La Plata equivale a los kilómetros cuadrados de Pehuajó multiplicado por cuarenta y cinco, pero la inmensidad desaparece cuando al metro cuadrado lo copa un hormiguero de gente.

En Pehuajó las distancias son cortas, a tal punto que a lo largo de cinco cuadras realizas la compra del día, pasando por la verdulería, la carnicería, la panadería y el almacén. Todo ello te lleva una hora, y veinte de esos sesenta minutos los usas para charlar con alguna ex vecina que hacía varios meses no veías. En La Plata las distancias son eternas, pero los oriundos de allí sacan los recorridos de taquito. Nosotros los del interior, renegamos de las distancias y lo único que disfrutamos es llegar a casa, sacarnos las zapatillas, ponernos ropa cómoda y tomar un vaso de agua fresca. En La Plata si no quieres llegar tarde a un cumpleaños tenes que empezar a producirte dos horas antes y mover para el destino con cuarenta minutos de anticipación, siempre y cuando hayas comprado el regalo el día anterior. En el pueblo el festejo es en el patio o en el garage de la casa del cumpleañosero que vive en el mismo barrio que vos. En el más lujoso de los casos es en el salón de fiestas que queda en el centro, a quince cuadras de las afueras de la ciudad.

A veces renegamos de la calma y el aburrimiento del pueblo producto de su poca cantidad de habitantes, pero muchas otras veces lo agradecemos. Renegamos de la ausencia de grandes cadenas de supermercados, de la falta de calles de asfalto, de la carencia de cines y casas de juegos. Pero disfrutamos que los más pequeños vayan en bici hasta el almacén del portero del jardín de infantes, que los pibes de cuarto grado se dejen el guardapolvo negro por jugar a la guerra en las calles de tierra y que los adolescentes realicen un campamento - fogón en el parque de la ciudad.

Nos conocemos mucho entre los pehuajenses, porque si bien cada uno tiene su espacio y no nos cruzamos todos los días, somos pocos y las distancias son cortas. En Pehuajó sabemos dónde vive el intendente y hasta hemos compartido algunos mates

con él, sabemos quiénes son “los amigos de lo ajeno” y quienes son los incoherentes que se refieren a ellos como rateritos para menospreciarlos y ningunearlos, sabemos cuál es la ideología de nuestro vecino, de nuestro profesor y de la actual de nuestro ex.

003/ ESTO NO ES SÓLO UNA FIESTA POPULAR

No seas infeliz,

dejate arrastrar por el carnaval.

Noche de máscaras,

dejate influenciar por el caos.

Chicas ricas, no le tengan miedo,

esto es sólo una fiesta popular

Chicos ricos, no se asusten tanto,

esto es sólo una fiesta popular.

Fiesta popular - Babasónicos

Disco: A propósito, 2011.

DE BAJO PRESUPUESTO

La policía estaba cortando el tránsito del “Boulevard Hipólito Yrigoyen”. Frente a la estación de trenes, los de la Municipalidad y algunos pibes estaban armando un escenario que consistía en unos tabloncitos de madera sostenidos por tambores de aceite. Para tapar la calle, el fondo de las tablas tenía una mediasombra y un cartel de la Municipalidad de Puan que decía que “juntos podemos” con los auspicios de la Cooperativa “La Emancipación”.

Aunque el sol había bajado un poco, el calor era insoportable. Los puestos ofrecían papas fritas y hamburguesas con Coca, Fanta, Sprite o Quilmes Cristal. Yo sólo pensaba en tirarme en la conservadora que tenía las botellitas enterradas en hielo. La gente tomaba cerveza en vasos de litro. Se les calentaba muy rápido y remataban su compra fallida con un “esto es meada de yegua”.

La Peatonal Darregueira estaba terminando un nuevo ciclo. Esa noche, la última noche, bailaban las peñas folclóricas del pueblo. Tocaban las banditas de garage de pibes que desafinaban pero los aplaudíamos igual porque eran nuestros, hacían covers de Guasones y bandas similares. Otros, también jóvenes, cantaban chacareras y zambas.

La Peatonal arrancó en 2001, como una versión siglo XXI de la Expo Darregueira, que en los 90 había traído al pueblo a León Gieco, Soledad, Django y otros cantantes célebres. La Peatonal siempre trajo a artistas ignotos, como los famosos “tributo a”, o bandas que pegaron un solo *hit* en la radio y después nunca más se supo de ellos. –Acá siempre nos traen la resaca, para Puan va todo –dijo Lidia, sentada en la repesera mientras un pibe cantaba con mucho sentimiento y poca afinación “La chacarera del triste”, de Hernán Figueroa Reyes.

A la Peatonal nunca venían demasiados artistas de renombre, según el Municipio, por falta de presupuesto. En el distrito, la plata se reserva para inyectarla en la Fiesta Nacional de la Cebada Cervecera y la Fiesta de la Primavera, que son en Puan, la cabecera del partido. Con escenarios de verdad, iluminación que no derrite, buen sonido y artistas internacionales como Carlos Baute o José Vélez. Con Axel, Luciano Pereyra, Abel Pintos, Miranda!, Los Totoras, Agapornis, Kapanga, y otros.

La Fiesta de la Cebada Cervecera es subsidiada por el Municipio, pero la maneja el mayor especulador inmobiliario rural de Puan. Y cobran entradas carísimas para estar en el predio. Es raro, porque pareciera ser pública y a la vez no. Siempre me sonó a una versión mínima de Cosquín, pero en ese caso, el gobierno cordobés le pone muchísima parte de su presupuesto.

La queja permanente en Darregueira es que nunca hay nada para hacer. A esa sen-

tencia se le agrega otra queja, que es que lo que traen es una mierda. Lo que pasa con la Peatonal es un fenómeno que siempre me llamó la atención del público de mi pueblo: el gataflorismo.

Esa noche vinieron Los Rancheros, que pegaron unos cuantos *hits* en la radio y en la tele de los 90. Nadie le dio demasiada importancia, salvo a la canción cuya letra dice que con papel de cigarrillos habían fabricado anillos. Cuando fue Alcides, unos años atrás, lo tildaron de “grasa” y a sus bailarinas de “putas”. Eran los comentarios que escuchaba en los negocios del pueblo al día siguiente.

Tengo que hacer mucho esfuerzo para ponerme a pensar qué banda o cantante famosos pisaron Darregueira en el contexto de la Peatonal. No recuerdo ninguno más allá de Alcides o Antonio Tarragó Ros.

Sí me acuerdo de cuando vino Estelares para festejar la primavera en el pueblo. Manuel Moretti estaba fumando porro en el escenario y le dijeron “drogadicto” muchísimas veces. Nadie se sabía las canciones de Estelares, nadie cantaba e incluso, hablaban a los gritos.

–Es una cuestión de energía, chicos. Si ustedes no me dan energía, yo tampoco puedo darles demasiado –dijo el cantante y, después de dos temas, dio por terminado el recital.

Nadie le había dado bola. Esa fue la mayor inversión del Municipio para una banda en Darregueira por esos años.

Mientras Los Rancheros cantaban sus canciones ignotas, nadie hacía demasiado esfuerzo por escuchar. Un grupo de pibes que estaban cerca mío hablaban de la noche anterior en el boliche, del pedo que se habían agarrado y cuál pendeja medio putita les dio bola.

Me encontré con Esteban, un amigo de mi familia. Le comenté que era un embole la Peatonal esa noche, que cómo la Municipalidad no hacía el esfuerzo de traer algo mejor. Con total calma, me dijo:

–Y, mirá el público. Nos lo merecemos un poco.

LA CAPITAL NACIONAL DEL CARNAVAL ARTESANAL

Tradicionalmente la bomba que anunciaba el comienzo del corso explotaba a las 9 de la noche. Para ese momento ya todo estaba en su lugar. Las tribunas de caño y madera repletas, las mesas a lo largo de la ancha Avenida Massey y la fila de atracciones esperando en la esquina del Club Lincoln para iniciar el recorrido.

Después de la bomba inmediatamente se escuchaba, “*A disfrutarla el carnaval/a divertirse el carnaval/para gozarla el carnaval;/Venite para Lincoln Capital del Carnaval..*” continúa el *single* de Héctor Serazzi y su conjunto Orquesta Montecarlo que suena hace más de 50 años. Un manto de foquitos de colores alumbraba las siete cuadras de la Massey, antes se decía que los pintaban en alguna escuela y de chica siempre buscaba el foquito con mi diseño preferido.

Lincoln es la “Capital Nacional del Carnaval Artesanal”, lo de “artesanal” es por las carrozas y cabezudos hechos en cartapesta, con colores extravagantes y diseños caricaturescos y exagerados. Son hechas con la superposición de trozos de papel engrudado y todo un trabajo mecánico interno que les da movilidad.

El trabajo en cartapesta se lo debemos a Enrique Urcola, el artista local. Una técnica que se decía que había traído de su trabajo como escenógrafo en el Teatro Colón y el Teatro Argentino -conocido en esa época como el primer Coliseo-. Recuerdo a mi viejo siempre contarme que él iba sus clases en el Ateneo Cultural, que las cobraba \$1, que se ponía en una enorme alcancía marrón y después él te brindaba todo lo que necesitaras. Y decía “Enrique te daba bola, si eras bueno o no, a él no le importaba”. Hoy existe el Museo “Enrique Urcola”, donde todavía sigue la alcancía y continúa su labor de enseñanza. De chica fui a hacer algún que otro mamarracho en un hoja. Francisco Gangoiti fue el creador de los cabezudos y del movimiento mecánico que le da vida a las figuras.

Hace mucho tiempo en el corso no existían vallas de hierro que no te dejan meterte en el recorrido y no había tantas tribunas. Existía una soga y lo divertido era pasar por debajo de ella y correr entre las carrozas, subirte a los autos locos y pedirles a las reinas que nos tiraran caramelos. El carnaval fue mutando. Cuando yo era chica se recordaba que el corso no era gratis, cuando los radicales cercaban la avenida con una especie de media sombra blanca y había que pagar para entrar.

Para ubicarse en el carnaval, hay que tener en cuenta las cantinas, el escenario y los edificios y negocios del pueblo. A los lados de cada cantina le sigue una larga línea de sillas y mesas que en los últimos años no son nada baratas. Se ubican en las calles perpendiculares para no entorpecer el camino, antes podían colocarse sobre la misma avenida.

Del lado izquierdo de la plaza está la del Club Rivadavia y del lado derecho el Club Linqueño, ambas puestas así para evitar disputas, ya que son el clásico de la ciudad. Sus mesas de plástico blanco, van a lo largo de la avenida contra vallas que separan las comparsas y carrozas de la gente. Hace mucho tiempo, eran de chapa roja y azul. Las tribunas, que son dos por cuadra, marcan el final del territorio de cada cantina, como la del Club Argentino, la del Cine Club “Jorge Newbery” o la Agrupación Linqueña de Sóftbol.

Entre las atracciones del carnaval se distingue “El Indio”, Jorge Luis Cabral, el cantante de música tropical. La última noche entraba disfrazado de boxeador y en un camión colmado de gente. Esa noche, valía todo y la valla no detenía a nadie que quisiera pasar la seguridad y salir corriendo por la Massey. Ese era el momento de buscar el camión del “Indio” que, con un un gesto, invitaba a cualquiera participar de su fiesta privada en el paseo por el festival, donde arriba corría el vino y la nieve no se terminaba nunca.

Otro personaje del corso es el tributo linqueño a Cacho Castaña, que se pasea por las calles en un *motorhome* negro que en letras rojas dice “100% Luis Ranzi” y en la punta, la gigantografía de él, imitando al cantante. Vive ahí desde que su mujer lo echó, también se dice que le pegaba. También se lo conoce como “el Loco Ranzi”. Siempre anda vestido todo de negro, de camisa, saco, pantalones y botas texanas. Lleva haciendo juego un sombrero cowboy del mismo color y en sus actuaciones, al igual que su ídolo, usa una chalina blanca colgando alrededor de su cuello. Pasaba en un imponente carro, revestido para simular una casa antigua de color rosa, decorada hasta con plantas. La última noche, el ex Intendente pasaba con él vestido como un rey y cantaban juntos “El matador”.

Arturo Jauretche cuenta que en su niñez, había una hora en que debían retirarse los menores del corso para que empezara el juego entre los mayores, que entre baldazos de agua las ropas algunas veces se traslucían. En mi niñez, el agua se transformó en nieve artificial y perdura hasta el día de hoy, lo que no perduró es el precio. La guerra, como en esos años, sigue siendo de varones contra mujeres, no importan las edades y siempre hay algún pibito entrando a la adolescencia que se cree lo bastante maduro como para correr a una veinteañera.

El corso tenía dos caminos, por las veredas de la avenida principal o por las calles perpendiculares. Lo que parecía común transitar para los abuelos que se iban del corso, para las familias que querían acortar camino o para las carrozas y comparsas que daban la vuelta por allí, no era para una chica de 13 años. Ninguna podía ir sola por la esquina del Hotel Impala o por el kiosco Güemes que estaba apenas a una cuadra de las luces de la fiesta.

Los varones a esa edad nunca estaban solos y esperaban al acecho, caminando con

los pomos en una mano por las calles oscuras. Podían correrte a más no poder, hasta que te quedabas sin aire, no podías respirar pero sabías que no tenías que parar. No era un juego como en el colegio, te iban a alcanzar para tirarte al piso a los empujones y que te pudieran tocar el culo y si tenías suerte solo por afuera, o las tetas de cono cubiertas por corpiñitos de tela que ni siquiera estaban formadas. No siempre esperaban que fuéramos de a una, a veces, arrinconaban a los grupos tirando nieve hasta que salían todas disparando y ahí aprovechaban los machitos.

Era un desafío salir solas al carnaval, sobre todo cuando comenzabas a pedirlo durante años para poder dejar de pasarlo atadas a la mesa familiar. Asumimos los peligros y estábamos dispuestas siempre a correr por ser adolescentes y salir juntas, como nuestras hermanas y primas más grandes. Volver sólo a buscar plata, todas mojadas, a limpiarnos con la toallita que llevábamos atada en el precinto de *jean*, vestidas lo más parecidas a una *Rebelle Way*. Así pasábamos las noches, girando y esquivando a nuestros némesis, borrachos y mascaritas que nos corrían con chorizos de arena.

Más adelante los jóvenes entre los 15 y veintipico de años se arrinconaban en playón de la YPF, al lado del Club Lincoln, y allí pasamos toda la noche tomando y exhibiéndonos en sociedad. El grupo que no iba, no existía. Ahí se formaban las parejas, se fichaban las “minitas” y se encontraban los amigos. Unos años después, los que caminaban por las perpendiculares del corso ocuparon el playón y desplazaron a los más grandes, que terminaron apropiándose de las tribunas que antes eran para los viejos.

Algo así sucedió con las batucadas que antes no estaban de moda. Llevan nombres como “Samba-Samba”, “Masturbanda”, “Misterbanda Sambayón”, “Tamandaré”, “Fénix”, y sigue la lista. El carnaval vivió un inyección desproporcionada de plata que lo convirtió de un año al otro en una mega fiesta. Eso lo masificó y lo involucionó a un intento de Gualeguaychú, donde hubieron más comparsas que batucadas. La idea de bailar en el carnaval empezó a ser más simpática y menos de trola. Desde diciembre había algunos barrios donde a la media tarde se escuchaban los ensayos. Hoy ningún barrio zafa y ya casi es un rito veraniego que los pibes arranquen con los bombos y redoblantes, como las chicas a bordar corpiños y bombachas; como antes los chicos empezaban los carros y cabezudos desde agosto.

Toda esta “gualeguaychuización” desarmó algunas costumbres, entre ellas la espontaneidad. La organización fue prohibiéndole a los amigos que quisieran pasar por el recorrido, después de comer un asado seudo disfrazados. Las comparsas adquirieron otro nivel de producción de vestuario que antes era de un par de alpargatas con lentejuelas.

“El carnaval es de los linqueños”, dicen algunos. Capaz que en algún momento de mi

vida, vi que había tan poca plata que si la gente del pueblo no se hacía cargo, el carnaval no existía. Aunque el Municipio pusiera plata, los que pasan por el corsódromo, los que llenan las tribunas y mesas, los que hacen choripanes y venden bebidas de todo tipo, las reinas que se preparan durante meses; los músicos que esperan el verano para hacer su show en el recorrido, y los que están todo el año armando las carrozas, todos ellos, son linqueños. No habría corso sin ellos.

En último carnaval, “Masturbanda” hizo el recorrido con una gran bandera de la diversidad sexual e invitó a las agrupaciones de LGBTTTIQ a desfilan con ellos bajo un arcoiris de bandera, bañados de purpurinas y brillantina. El público se quedó atónito frente a la intromisión de un personaje que antes, aparecía solo reflejado en un valiente que se animaba a entrar a una comparsa, y que hoy se multiplicaba como margaritas. Algunos otros gritaron, aplaudieron y se dejaron llevar por la alegría. Frente a las caras de asco, una pareja les respondió besándose con fuerza y la gente optó por tirarles latas de cerveza hasta lastimarlos, solo porque les pareció tremendo que hagan eso frente a sus hijos.

En Lincoln pasaron bailarinas juzgadas por sus cuerpos, con alpargatas o con tacos, trajes de alta costura o con dos trapos bordados. Lincoln se enorgulleció con sus mujeres con cuerpo de guitarra, se babeó y se volvió loco por esos culos de manzana. Le costó aceptar putos y travestis en las comparsas pero “mientras no hagan daño a nadie”, no pasa nada. Fueron linqueños los que me tocaron de chica en un carnaval, los que gracias al corso le dieron trabajo a un montón de gente y los que llenaron de guita a un montón de tipos que se la guardaron. También lo fue Enrique Urcola y los que golpearon a una pareja *gay* por el bien de sus hijos. Ni siquiera pude encontrar la noticia por internet 5 meses después.

Pocos linqueños no te hablan del carnaval como la Bandera Nacional, es el hijo pródigo, que se recibió y se le puede decir “doctor” y que es más importante que los otros hijos que no se recibieron. Hace unos años atrás, el corso fue desalojado por operativos de la Policía y Gendarmería de Junín con balas de goma y gas pimienta. Muchos se indignaron pero de alguna manera fue una anécdota más del año. La gente no reaccionó así cuando las tribunas duplicaron los precios y prohibieron la entrada de conservadoras y alcohol. Ahí se inició la revolución.

EL ROCK AND ROLL DE LOS PEHUAJENSES

El segundo fin de semana de septiembre paso a buscar a mis amigas para ir al Pehua-Rock, uno de los festivales que organiza la Municipalidad de Pehuajó, con entrada libre y gratuita. El festival comenzó siendo el festejo juvenil del Día del Estudiante y terminó siendo un clásico de la ciudad, un espectáculo para toda la familia. En septiembre no importa de qué barrio sos ni qué tan lejos vivís del otro, siempre terminás reunido en el mismo lugar. Ese fin de semana te cruzás todo el pueblo para que las zapatillas de lona te queden llenas de tierra, el *jean* termine con alguna mancha de Fernet y la remera blanca quede descartada para una próxima edición.

Con mis amigas siempre hablamos del primer PehuaRock: fue el primer recital y el primer pogo de nuestras vidas. Teníamos entre 15 y 16 años, no entendíamos el verdadero significado del pogo, pero nos metimos igual. Esa edición tocó Kapanga, grupo que no escuchábamos. Una semana antes nos juntamos a aprender las letras, haciendo honor a la puta costumbre del pueblo.

Me acuerdo de haber coordinado un par de días y horarios para tomar mates. El mate era un objeto más, lo importante ahí eran los temas de Kapanga sonando a todo volumen en *YouTube* y las fotocopias de las letras de las canciones en nuestras manos. En una semana nos hicimos fans de la banda, sus canciones sonaban todo el día no sólo en todas las radios, sino también en los minicomponentes de nuestras casas.

Los borrachos siempre están. Mientras vos disfrutas del *show*, vienen y te empujan, se creen piolas al hacerlo, pero lo cierto es que no se pueden mantener parados. Se sienten copados, pero te colman la paciencia.

En las ediciones que tocaron Las Pastillas del Abuelo y La Vela Puerca, el calor se convirtió en frío. Sobraban ponchos y faltaban remeras *rollingas*, el escenario se veía entre gorros y no entre rodetes, las palmas sonaban acolchonadas a causa de los guantes, el vapor del frío le ganaba al humo de los cigarrillos. “El Enano” y “Cebolla”, para hacernos entrar en calor, nos prestaron sus micrófonos y también nos enseñaron una coreografía al estilo de la danza de la lluvia. El “Piti” Fernández, para no ser menos, cantó una chacarera en honor a los cientos de ponchos que había en el público. Esas dos ediciones fueron la gloria, nadie hubiera imaginado que un pueblo del noroeste de la provincia fuera testigo de tremendos *shows*.

En septiembre la ciudad se paraliza, ese fin de semana todos nos acercamos al campo y esperamos escuchar la voz de los locutores. Dos pibes jóvenes con toda la onda que reman de la mejor manera las impuntualidades que surgen en el momento. La tarde se convierte en noche y, luego de haber escuchado a las bandas locales teloneras,

todos esperamos el gran cierre. La banda del número final siempre se hace esperar. En el quinto PehuaRock cerraron Los Auténticos Decadentes. Esa edición fue un carnaval, hubo espuma, serpentina y muchos gritos, fue uno de los que más rápido se pasó. En ese recital me tuve que bancar los gritos de un pibe que, parado en la base de la luz, me cantó un tema completo a dúo con “Cucho”. Mis amigas se hicieron la panzada porque, según el pibe, yo lo había flechado.

El festival, que no se suspende por lluvia, cuenta con dos cantinas que se encuentran sobre el lado izquierdo del campo, rodeando el predio están los artesanos, los pochocleros, las camas elásticas y los castillos inflables. En el campo tenés a los que se sientan en ronda a tomar mates, los que se ponen de cara al cielo con sus parejas y los que prefieren morir abrazados a la valla de seguridad antes que perder el lugar durante el revuelo del pogo.

En la última edición me tocó trabajar. El Municipio le adjudicó la cantina a Defensores del Este, el club en el que me desempeñé como prensa. Las chicas estuvieron toda la tarde conmigo, me ayudaron a armar los conitos para las papas y acarrear cosas para armar la cantina. Durante el recital, ellas estuvieron en el campo y yo en la caja. El cierre estuvo a cargo de la versión renovada y moderna de La Bersuit, sin “La argentinidad al palo” y sin el “Pelado” Cordera. La vuelta a casa se hizo esperar. Antes de eso, desarmamos la cantina y tomamos varias cervezas bien frescas. Después de tanto laburar merecíamos un cierre de ese estilo.

004/
PEQUEÑAS
ANÉCDOTAS SOBRE
LAS INSTITUCIONES

La mediocridad para algunos es normal
la locura es poder ver más allá.

(...) no hablo yo de fantasmas ni de Dios
sólo te cuento las cosas que
se te pueden perder.

El tuerto y los ciegos - Sui Géneris
Disco: Pequeñas anécdotas sobre las
instituciones, 1974.

UNA PELÍCULA DE CHAPLIN

En Darregueira todo gira alrededor del tren aunque ya no sea tan determinante en la vida social del pueblo. Es un poco extraño que eso siga pasando, después de más de 20 años sin trenes de pasajeros.

Cuando pienso en reconstruir la historia de Darregueira, pienso en el tren, sin remedio. Siempre me imaginé a los ferroviarios como un grupo de personajes simpáticos y sonrientes de una película muda que saludaban enérgicamente con la mano mientras el humo los tapaba y el tren partía hacia otra estación.

En mi imaginación, Darregueira está en blanco y negro, los nenes juegan con sus camioncitos en las calles, los más grandes caminan con gesto serio y se sacan el sombrero ante alguna señorita.

Cuando veo hoy al pueblo, encuentro los vestigios de esa película de Chaplin, como si la cinta se hubiese partido en pedazos y quedado desperdigada por todos los rincones.

La estación de trenes sólo funciona para que pasen los trenes de carga. Los que llevaban gente cerraron en los 90. El barrio ferroviario sigue existiendo, con las casitas inglesas de techos de teja a dos aguas, los ladrillos a la vista y las escaleras de cinco escalones. Ya no viven los trabajadores del ferrocarril, que ahora dependen de Ferro Expreso Pampeano, una empresa privada.

Dentro de la estación funcionan algunas oficinas de la Municipalidad. El galpón de máquinas está totalmente destruido y fue escenario de las fotos que se sacaron algunas quinceañeras, en modo *vintage*, detrás de los vidrios rotos. En el galpón de máquinas se cayó un chico que andaba por los techos, que sobrevivió de milagro.

Para el centenario de Darregueira, en el 2006, se armaron distintas comisiones de los barrios del pueblo para los festejos. Ahí me enteré que el barrio de la estación se llamaba “Barrio el Humo”. En la comisión de vecinos, se destacaban el “Cholo” Martín Sánchez y Aldo Migliorisi. El “Cholo” tenía la costumbre de ir a la Delegación a proponer obras al Municipio y a presentar proyectos de la comisión. Aldo es el que creó, ese año, el único museo que tiene el pueblo: el Museo “5 de octubre”, un espacio de cultura que armó por su cuenta.

El “Barrio el Humo” cobró mayor vida, en color, a partir de esos dos núcleos. De hecho, la comisión de vecinos fue la única sobreviviente después de la fiesta del centenario. Propusieron muchas cosas, entre ellas, la remodelación y puesta en valor de los terrenos del ferrocarril para hacer una fiesta que sea propia de Darregueira, más allá de la Peatonal. El evento es en noviembre, y si bien es la “fiesta de Darregueira”, la mayoría le dice “la fiesta del Barrio el Humo”.

El Museo “5 de octubre”, que está a una cuadra de la entrada al predio, tiene “la historia de Darregueira en objetos”, como dijo alguien que escribió sobre el pueblo. Aldo Migliorisi es un coleccionista nato, un hombre metódico y estructurado. Tiene desde flechas que pertenecieron a los pueblos originarios hasta elementos de trabajo de uno de los viejos peluqueros de Darregueira. Parte de la colección fue comprada por él, otra parte fue donada por personas del pueblo.

Hay muy poco del tren, hay muy poco de la historia de su ocaso. En el Museo se respira a viejo, puedo proyectar la película muda en mi cabeza y pensar en un tiempo pasado que fue mejor. El Museo está reconocido con ese nombre, pero es más una colección privada de cosas que en algún momento pasaron por otras manos, que siguen ahí para mostrarnos que tenemos un pasado glorioso, que tenemos historia. Pero la historia detrás de los objetos, ¿dónde está?

Tanto el Museo como la comisión traen novedad a su condición de reivindicar lo viejo. El tren largando humo, los oficios de antaño, la gente en la estación chusmeando quién llega, el movimiento que alguna vez tuvo a ese lugar que le daba vida. Los objetos que nos cuentan quiénes somos a medias, las nuevas obras que los viejos proponen para que los jóvenes tengamos algo que hacer. Es tan contradictorio como esperanzador.

En una entrevista, Aldo citó a un amigo que le dijo sobre el Museo que “un pueblo sin memoria, no tiene corazón ni historia y aquí la encontramos”. El inventario no me alcanza. Del desguace menemista en el pueblo, nadie habla. De cómo Darregueira tuvo que reconfigurarse frente al “ramal que para, ramal que cierra”, dicen poco. No es culpa de nadie en particular esto de no tener memoria, mucho menos de Aldo, que intenta hacer con sus aficiones una oferta al pueblo de algo que no tenía.

Es culpa de todos los que pasamos por ahí no recordar, o hacernos los boludos mientras miramos con orgullo el mapa del loteo de Darregueira en 1911. Es culpa de todos no ponernos a ver cómo en el pueblo hay cada vez más viejos y menos jóvenes. Los viejos del “Barrio el Humo” siguen tirando propuestas, a contracorriente, mientras en el barrio se ve cada vez más a fondo el desgaste de las casitas inglesas, los ladrillos raídos y los cinco peldaños de las escaleras de madera que se convierten en cemento.

El estancamiento va quemando los trozos de esa película cada vez más. Mientras pasan los años, sigue perdiéndose la memoria, aumenta el romanticismo del pueblito pintoresco en esa llanura pampeana que no dice nada, que se mueve en silencio, con pasito rápido y alguna picardía al pasar.

Pasaron los años, pasaron más de 100. Sin embargo, el tiempo no pasa en el pueblo. La película muda ahora está más coloreada, con *smartphones*, autos nuevos, peinados y ropas distintas. Con un Museo que, con sus limitaciones, quiere recuperar

nuestra propia historia. Con una comisión barrial que activa lo que los gobiernos no activan.

Pero sigue siendo muda.

LOS SANTOS DE MI PUEBLO

A mis 9 años le pedí a mi abuela María que me enseñe a rezar. En el dormitorio, sentadas al costado de la cama, me enseñó el Padre Nuestro y el Ave María. En su mesita de luz había fotos debajo del vidrio, una de mi bisabuela, que también se llamaba María, caminando ya como una viejita encorvada. De su portaretratos colgaba un rosario, entre las fotos de sus nietos, sus hijos y sobrinos había algunas estampitas de otros santos. En el respaldo de la cama matrimonial, que completaba el juego de muebles de la pieza, había varios rosarios.

A diferencia de la mayoría de nuestros compañeros de colegio, ni mi hermano ni yo fuimos bautizados. Era la edad en que todos se preparaban para la Catequesis. Renegué tanto con mis viejos por no haberme bautizado, que un día ellos me dijeron que podía hacerlo si quería. Aunque todos mis amigos iban con sus padres a las clases, los míos no me acompañaron porque no eran creyentes. Mi abuela iba por mí entre los mamás y papás.

La religión era divertida, nos juntábamos una vez por semana, nos mostrábamos nuestros cuadernos, nuestras biblias, repartimos las tarjetitas de la Comunión, las comparábamos a ver cuál era la más linda, quién había gastado más o había sido más creativo.

Me bauticé junto con dos compañeros de colegio y tomé la comunión con todos. Éramos de la Escuela Normal, del “*Notre Dame*” -donde teníamos Catequesis-, del “Alba”, el “Monseñor”, de la Escuela Técnica, la Escuela 18 y la Escuela 2. Más adelante fui tomando decisiones que me alejaron de la Iglesia. Dejé de creer en Dios y lo mismo les pasó a muchos compañeros. Gran parte de esa decisión creo que fue por mi profesora de Catequesis: la vieja nos hablaba más del castigo que del perdón y eso me generó ciertas dudas que en algún momento no negué más.

Después de ver “*Carrie*”, “El Padrino III” y “El Jorobado de *Notre Dame*”, me di cuenta que la Iglesia no era lo que yo creía.

Como cinco años después alguien volvió a repartir tarjetitas de Dios en el colegio. Era un personaje conocido, tenía unos años más que nosotros y había sido salvado por Jesús, que volvía a estar de moda. Era un grupo de pibes que querían hacer el bien a través de la Iglesia, una puerta a misionar, a difundir la palabra del Señor.

La mayoría tenían entre 15 y 18 años y entre la conducción de la Iglesia y unas familias de apellidos viejos organizaban un retiro espiritual. Le decían “Cenáculo” y no podía hacerse antes de los 15, así que al llegar a cierto año de la escuela, pasaban como coordinadores de un viaje de egresados vendiendo el paquete. Te invitaban pero no podían contarte qué era, solamente tenían que estar un fin de semana entero

adentro del “*Notre Dame*” pero aclaraban que podías irte cuando quieras. Se dividía en dos fechas, uno de varones y después de mujeres.

Separaban a los recién llegados en comisiones llamadas “rebaños”, de cinco o seis pibes y a cada una se le asignaban dos “apóstoles” o “pastores”; se dividían todos en tres salones para pasar la noche. Realizaban charlas o tipos de seminarios, cantaban y comían todos juntos lo que los papás o voluntarios de los organizadores habían hecho y les hacían creer que eran monjas que no hablaban, como las Carmelitas Descalzas que habían venido a cocinar. Hablaban de la vida, de las oportunidades que tuvieron y lo desagradecidas que eran la mayoría de las personas. Una de las charlas se trataba del noviazgo, donde una reluciente pareja en adultez te explica por qué había que aguantar hasta el casamiento para coger.

El sábado a la noche les vendaban los ojos y los hacían caminar por la escuela, probaban sus sentidos con chocolates, abrazos y luego, los llevaban a la capilla. Con la luz de las velas encontraban impuesto al Santísimo y les entregaban las cartas de amor que les habíamos escrito para sobrevivir el fin de semana, donde dijimos cosas que nunca les habíamos dicho a nuestros amigos que estaban adentro. Los dos días un cura sanador caminaba por el lugar y llamaba a los pibes para imponerles las manos, algunos no hacían nada, otros se desmayaban o tenían epifanías.

Los chicos que participaban del “grupo misionero” eran del colegio privado y del semiprivado. Era un requisito para ser apóstol, además de tener una conducta ejemplar, eso quiere decir que no podían tomar ni salir o hacer cosas que hacen los adolescentes. Realizaban donaciones, viajaban al norte a llevarlas, hacían retiros en los pueblos del partido de Lincoln donde visitaban viejos acorazados ya en el olvido de la urbanización. Eran pibes sensibles, con ganas de modificar, de dar algo más pero también enojados por mantener vagos con planes sociales y la primera puteada que se les escapaba a muchos era “negro de mierda”. Eran llamados uno por uno por el coordinador en algún momento del día y este les avisaba: “Jesús te eligió: ¿quierés atender su llamado?”. Cuando se refería a Jesús, en realidad hablaba de una reunión entre él y el cura de la localidad, en donde seleccionaba quiénes iban a ser los elegidos para llevar la cruz de madera que identificaba a los apóstoles.

El grupo selecto de pibes con los pelos largos, las melenas rubias y marrones con rasas, buzos de GAP y pantalones reggae, eran tan atractivos como el pantalón en una vidriera que te querías comprar para salir el sábado o como el grupo del Club que todos quieren ser amigos. Era una nueva generación de discípulos, más atractivos. En gran medida, supongo que es por la moda que tienen las grandes familias de la zona, aquellas que no se ven mucho en el pueblo, más que en el supermercado “La Anónima” o alguna fiesta muy importante. El estilo de estos chicos es similar al de los hijos de estas grandes familias terratenientes, vestidos a lo *hippie chic* mezclado

con un capataz de campo.

Sólo algunos de ese grupo pertenecían a la hermandad de familias de apellidos franceses, irlandeses y patricios. El resto iba al “*Notre Dame*” en su mayoría porque a sus padres seguramente no les alcanzaba para mandarlos al “Alba” y sabían que la poca relación que tuvieran los hijos de los terratenientes con el pueblo, sería con los que vayan al semiprivado. Por eso es que habían inventado el “Alba”, para no mandarlos a un público y cuando el “*Notre Dame*” se hizo más accesible. También eran los que estaban detrás de la Iglesia, tocaban la guitarra en las misas y tenían de humilde lo que “las Trillizas de Oro” de pueblo.

Toda la vida del pueblo giraba en torno a estas relaciones, las modas de los adolescentes y las amistades que uno de chico se moría por tener. Es así desde que mi abuela era chica. Son de alguna manera los resabios que quedaron de esos apellidos viejos que invirtieron en la Campaña del Desierto. Que hoy no son tan puros porque esos apellidos son más híbridos que antes pero siguen siendo los antiguos dueños de la tierra. El éxito para cualquiera era entrar en ese círculo, ser uno de ellos, usar sus ropas, viajar como ellos, tener sus rasgos y los privilegios que la sociedad siempre les dio y que ellos se aseguraron de no perder nunca. Cuando sos chica no entendés la fascinación, pero te enorgullecés de tus buenas amistades. En el fondo los pibes no dejan de ser más que eso: chicos. Sólo que los ideales están tan introducidos en los engranajes de nuestro sistema que es casi invisible.

A pesar de que el Cenáculo era como la fiesta de 15 o la entrega de diplomas, no quise hacerlo porque ya no era católica y a pesar de las súplicas e insistentes aclaraciones de los profetas de que era algo “que no tenía que ver con Dios”; aunque se realizaba en una escuela que se llamaba “Nuestra Señora” en francés. Tampoco me cerraba el hecho de que estuviera prohibido contarnos qué hacían adentro, qué nos iban a hacer y a ofrecer. “Hay que venir y hacerlo para saber”, era la respuesta.

La Parroquia “Inmaculada Concepción” es la iglesia más grande de la ciudad. Es un edificio con forma de cruz y en el pie de ella apunta la cúpula hacia el cielo, está pintada de blanco y *beige*. Adentro cuelgan candelabros y arañas gigantes que ya no funcionan pero que las luces nuevas se ocupan de iluminar, junto con los vitros que dan vuelta a toda la cruz con figuras de santos, que le dan un aire a catedral.

Así terminó el Cenáculo, con la misa del domingo. Los seres queridos esperamos a que todos llegaran por la puerta principal, cantando canciones de adolescente religioso entre zapatillas de lona, pantalones de *reggae*, trenzas de todas las formas para disimular el pelo sucio y rosarios colgados; agarrados de las manos, besando a Cristo llorando y sonriendo.

Se convirtieron en el centro de la misa. Estaban iluminados, eran personas nuevas y sus apóstoles, los veían como Yoda ve a los *jedis*. Los conocíamos a todos: a Pipi,

Cami, Cheme, Mica, Santi. Podían ser guías espirituales o pagarle siete tequilas a una piba para llevársela a la casa medio dormida después del boliche.

Después de muchos años entré a la iglesia ese día y me senté a esperarlos mientras transcurría la misa. Lamentablemente no dure más de 25 minutos, el hombre que daba la palabra de Dios, que reconocí del conflicto con el campo por la Resolución 125, comenzó a hacer un análisis político de la Presidenta de la Nación, muy enojado con la recientemente aprobada Ley de Matrimonio Igualitario. Sonreí y me fui por la puerta principal a esperarlos en la entrada. En el año 2008 la ciudad estaba sitiada por los manifestantes que estaban en contra de la 125 y que desabastecieron la ciudad de medicamentos, comida y cualquier tipo de insumos. El Padre se acercaba a la ruta para bendecirlos por su “tarea patriótica”.

La iluminación duró unas semanas más en algunos que en otros, dio choques en Educación Física y en los mates del sábado a la tarde pero se fue evaporando. La vuelta al perro que hacíamos todos los domingos en el centro tuvo otra parada más: la hora de salida de la misa. Íbamos a la vereda de la iglesia, estábamos todos los que habíamos ido al boliche la noche anterior, los que habían vomitado, los que se habían metido los cuernos, la nueva pareja que se había formado y los amigos de distintos grupos que queríamos hablar de las novedades.

Cuando estábamos terminando el colegio, ya no hacíamos la parada en la iglesia, eran muy poquitas las que iban. Pero la ruta hasta allá la seguían haciendo las generaciones nuevas y habían *reggaes* más jóvenes que todavía no se habían ido ni a La Plata ni a Buenos Aires. Mis amigas más católicas se alejaron de la Iglesia, pero no de la religión. Mi abuela María hace años que decidió no volver a ir a una misa.

–¡Qué bueno amor! ¡Qué lindo, tu Primera Comunión! ¡Felicitaciones!

Estaba a un costado, retirada del amontonamiento, pero alcancé a escuchar esas palabras. ¿Felicitaciones? Más que felicitaciones, bienvenido al mundo católico, donde quienes perdonan los pecados son los mayores pecadores, donde los que pregonan la pureza del alma son los seres más oscuros y perversos, donde los que llevan “la palabra del Señor” se recontra cagan en él y en todos los Santos.

–Ma, ¿escuchaste lo que dijo el Padre Carlos?, ¿por qué dijo que amar al prójimo es lo que nos dará una vida digna? Ma, ¿vos alguna vez comiste una hostia?, ¿viste qué rica que es? Ma... Ma... Ma...

No quería, ni admitía escuchar una pregunta más de mi primo. Anulé por completo el sistema auditivo. No podía creer lo que estaba viendo. Una escena familiar tenía como protagonista central a la Iglesia. Año 2009. El sistema eclesiástico católico seguía siendo tan efectivo como en la Edad Media.

–Me da pena que mi primo crea lo que dice el viejo este. Pero bueno, a su edad es lindo creer en algo. Es una creencia inocente. Más... más me dan pena los adultos que van por convicción y no por el sencillo acto de acompañar al nene, como fui yo –le dije a mi mamá.

A los 7 años yo también creía lo que el cura decía. No iba seguido a la iglesia porque no me gustaba demasiado, mucho menos cuando la señora que daba catequesis me decía “en la casa de Dios hay que permanecer en silencio”, pero era interesante lo que decía el Padre Pedro.

Le pedí al remis que me deje en la vereda de la Municipalidad. Bajé del auto, crucé la plaza y me paré frente a la iglesia. Dudé un rato pero me decidí. Subí las escaleras y entré. Mi entrada tuvo una preparación interna. “Entrás para acompañar a tu primo, no te indignás por nada de lo que diga el cura, no mires demasiado a tu alrededor y la ironía la dejás para otro momento”.

Todo fluyó con normalidad, hasta que el cura dijo “Amén” y miró fijamente a mi primo por tener la cabeza gacha y permanecer en silencio en vez de repetir la oración. En ese momento levanté la mirada por primera y única vez en toda la misa. Antes de perder la paciencia, abracé a mi primo y salimos juntos a la vereda.

Zafé mi enojo gracias a la sonrisa de mi primo y el cura se salvó de mi comentario gracias a que me mordió la lengua y no emití sonido más que una puteada a causa del dolor. Todos lo vieron y nadie reaccionó. Están perdidos, o mejor dicho adoctrinados.

En 2009, la Iglesia fue protagonista central de una escena familiar. Como lo fue la

religión de mi abuela paterna, que era Testigo de Jehová, hace unos 30 años atrás. Fue tan grande el adoctrinamiento que lograron en su cabeza que se negó ante la posibilidad de salvar su vida. No permitió que le realizaran transfusiones de sangre por miedo a ser menos pura. Finalmente el cáncer se la llevó.

Es una especie de magia lo que realiza la Iglesia en la cabeza de cada creyente, de cada fiel. Es imposible hacerle entender a esa gente que el ser superior en el que creemos, llámese Dios, existe independientemente de la Iglesia y la interpretación de la Biblia.

Yo creo en Dios, pero no en la Iglesia. La Iglesia es un negocio. Vendría a ser el escenario en el que el cura de turno lleva adelante su monólogo para que los caretas pecadores lo escuchen y repitan oraciones como loros para librarse de sus pecados. Obviamente, esto no es gratis.

–Yo creo en Dios y no voy a la iglesia.

Mi primo me miró asombrado. Sus ojos estaban saltones, su ceño fruncido y su postura erguida a la perfección. Con un tono tímido y sacando con permiso sus palabras, pronunció que él opinaba lo mismo que yo. Mi primo ya no era el niño de 7 años que estaba tomando la Comunión, había crecido. Él creía en Dios, pero no en la Iglesia. Al igual que yo, tenía su propia creencia.

En ese momento entendí por qué durante su misa de comunión no miró el altar y permaneció en silencio. También entendí la mirada del cura.

**005/
COSTUMBRES
BONAERENSES**

Caminando, caminándote,
mi calle que quizás yo pueda cambiar.
Costumbres argentinas - Los abuelos de
la nada

Disco: En el ópera, 1985.

POR FAVOR, MÍRENME

Una hora antes de salir del colegio, con mis amigas organizábamos el itinerario del día. A las 4 de la tarde, concentrábamos en una casa, tomábamos unos mates y esperábamos al resto para ir a la plaza a las 6.

Siempre había un ritual: comprar facturas en “Itatí”, sentarnos en el Centro Cívico o en el monumento a José Darregueira que está enfrente a la plaza, tomar más mates y ver si por ahí pasaba el chongo del momento. Si el chongo en cuestión estaba en la plaza, allá íbamos, termo y mate en mano, haciéndole la pasadita si estaba sentado en algún banco y sino, buscar la excusa para hablar con él.

Por lo general los chongos no eran chongos: eran simples objetos de miradas tímidas, risitas adolescentes, pero sin ningún tipo de correspondencia. Quizás nunca habíamos cruzado palabras con esos chicos con peinados cancheros, ropa de A+ y una forma de pararse bien de banana. Aunque se daban cuenta de nuestras miradas, no hacían nada. Nos medían y se medían entre ellos. Éramos motivo de alarde. Nos enterábamos por medio de otras personas que ellos se agrandaban por captar nuestra hormonalidad adolescente.

–Vico se cortó el pelo, ¿viste? –dijo Cami, que siempre estaba atenta a los detalles.

–Ay, sí, le queda re lindo. Está más fuerte ahora todavía –le respondió Ali.

Mientras tomaba el último mate, me gritaban que me iba a casar. Y yo no confiaba en el casamiento, tenía 14 años, ni me importaba. La mayoría de mis amigas querían la familia tipo: casadas, heterosexuales, con dos hijos (un nene y una nena), el perro y la casa propia para toda la vida. Yo sólo quería ver a Pablo, que venía de otro pueblo, para irnos a algún parque y chapar, pasar el rato y ya. Con él no quería una vida de ensueño ni película de Disney.

–Me miró, boluda, me miró Vico –dijo Ali y me zamarreó del brazo. –Vamos, dale, vamos a la plaza un rato.

Fuimos. Dimos cuatro vueltas completas a la plaza. Ni señales de Vico, que miraba pero no decía ni “hola”. Ya me daba mucha paja seguir caminando.

–No te da ni bola este idiota. ¿Podemos volver con las chicas?

Eso valió un enojo que duró dos semanas.

El domingo no me junté con Alicia, pero sí con Gabi. Gabi siempre fue muy cararrotta y saludaba a todo el mundo, así los conociera o no. Me gustaba caminar con Gabi porque iba con paso cansino, desganado, como yo. Desde las 5 hasta las 7:30 de la tarde estuvimos dando vueltas por la plaza, haciendo pausas para ir al *Boulevard* a mirar vidrieras, comprar puchos en el kiosko Malvinas o frenar a hablar con gente que yo ni conocía.

Gabi encaró para el grupo de Vico y los otros bananas. En un momento, la conversación se puso picante cuando Gabi disparó: “¿no te das cuenta de que le gustás a Ali, boludo?”

–¿Qué?

–Que le re gustás. ¿No viste que el otro día pasó un montón de veces adelante tuyo?

–Qué sé yo, no me di cuenta. Pasó con vos, ¿no? –me miró y asentí. La que hablaba era Gabi, a mí me daba fiaca hablar con esos pibes. Nunca me cayeron bien.

–Qué tarado que sos, te pasó mil veces para que le digas algo.

–Bueno, tampoco la pavada, no está tan necesitada –acoté.

–No, decile que a mí no me cabe. A mí me gusta tu otra amiga, la coloradita medio petisa, la hija del Fito Spanz.

Cuando se trataba de pinchar ilusiones, Vico iba directo al hueso. Sus otros amigos miraban con la cabeza inclinada hacia atrás, como oliendo mierda. Uno de ellos apoyó su pie derecho sobre el banco, quería posar.

–¿Quieren dar una vuelta? –dijo Laureano, pajero declarado. Había quienes decían que era enamorado, pero para mí era un simple pajero. Un pajero terrateniente y con guita. Pajero *VIP*-. Tengo la camioneta acá.

–Ay, dale –maldita Gabriela, malditas tus ganas de ser popular.

Nos subimos a la *Hilux* 4x4 negra, con *reggaeton* de fondo y vidrios polarizados. Un par de los pibes iban en la caja, nosotras adentro. Laureano iba paseando, a 20, a 30 como mucho. Imponía respeto en los cruces de calle. Un *Chevrolet* Corsa no podría chocar al hijo de un Malgerde, así que frenaba aunque tuviera el paso. Todo el pueblo conocía la patente de la camioneta en la que íbamos nosotras, manejada por un menor de edad sin carnet. Pasaba enfrente de la comisaría. De los milicos, ni noticias. Rivadavia, España, Güemes, *Boulevard* Hipólito Yrigoyen, Dr. Magadán, Italia y Rivadavia de nuevo. Íbamos en caravana, detrás de los viejos, de los no tan viejos, de los veinteañeros y de los pibitos como nosotros.

–Linda vuelta al perro, ¿no? –gritó Laureano. La música estaba muy fuerte, parecía que estábamos adentro de “Tamara”, el boliche del pueblo.

Siempre me emboló la vuelta al perro en auto. Cuando era chiquita, me gustaba salir con mis viejos a pasear por el pueblo, pero evitar la plaza o el centro en general, porque siempre era un quilombo. Entonces nos armábamos nuestra propia vuelta al perro, que era ir por los barrios de las afueras a ver las obras públicas que supervisaba mi viejo hasta los fines de semana. Nuestra vuelta al perro nunca fue tan metódica como la del resto del pueblo.

Una vez leí que “la vuelta al perro” o “del perro” le debía su nombre a que los perros dan vueltas para agarrar su cola y que, aunque no lo consiguen, se mantienen atentos a eso. O sea, dar vueltas y vueltas sin un sentido definido, sólo por el hecho de mos-

trarse, decir “acá estoy”, reclamar una cuota de atención. No sé si está tan bueno que nos comparen con un animal.

–Mirá la perra de Ulises, está re grande. ¿Te gustan los perros, Ingrid? –me dijo Laureano, iniciando la conversación de la manera menos interesante que podía encontrar.

–Sí.

–Ah, ¿y tenés perros? Porque mi perra tuvo cachorritos y quiero regalarte uno. Son labradores puros.

–Tengo uno, gracias igual.

–Ah, ¿qué raza?

–Cruza de calle con vereda, qué sé yo.

–Ay, qué chistosa –largó una risa que hasta hoy se encuentra en mi *Top 5* de risas falsas.

Laureano era infumable. Siempre enrostrando su guita, su capacidad de comprar gente con regalos. Si no era de raza, si no era de marca, si no era caro, no era interesante.

Gabi me codeó. Me dijo bajito que le parecía que el pibe gustaba de mí. Asentí indiferente y me acordé de la historia de una piba un par de años más grande que yo que, arriba de esa misma camioneta, fue violada por Laureano. Quizás estaba sentada en el mismo lugar del asiento de atrás donde había hecho eso.

Estaba sentada en la camioneta de un terrateniente que lejos de ser enamoradizo, era un violador. Me sentía sucia. ¿Qué hacía dando la vuelta al perro con esa gente? Dando la quinta vuelta a la plaza, alcancé a ver a Pablo. Estaba con sus amigos que también eran unos bananas. Con el tiempo, me di cuenta de que él también, pero eso es otra historia.

–Che, Gabi, ¿quierés que nos bajemos? Está Pablo –me miró raro–. No me dejes sola –cuando lo terminé de decir, pensé que esa frase era más apropiada para que la diga ella.

–Mmm, bueno, dale. Vamos.

Laureano miró para atrás.

–¿Ya se van, chicas? Es re temprano, n...

En ese momento, un sacudón brusco hizo que Gabi y yo chocáramos las cabezas con los respaldos de los asientos de adelante. Medio atontadas, empezamos a ver a la gente que se acercaba a nosotras, nos abrió la puerta y Pablo estaba ahí, mirándome con los ojos desorbitados y puteando a toda la familia de Laureano Malgerde, que salió un poco maltrecho.

Le abolló el baúl a un Corsa, que a su vez chocó a un fitito y el fitito tocó a un Duna. Al pibe no le importó demasiado. Gabi estaba enojada, pero un tiempo después de

eso me confesó que fue su momento de fama y que concentró todas las miradas. Es que, al fin y al cabo, nos hicimos ver.

LA SEMANA DEL ESTUDIANTE

Cuando mi viejo iba al secundario ya se hacía la Semana del Estudiante. En Lincoln esta semana es tan importante como Navidad y Año Nuevo. Todos los secundarios participan para representar a su escuela pero los protagonistas son los de 5° año, los que están a un año de recibirse. Ellos son los encargados del planeamiento de la semana y de las temáticas.

Hace algún tiempo existía el CEL -Centro de Estudiantes Linqueños-, pero cuando yo iba al secundario sólo había anécdotas de eso. Por el 2003 o 2004 el Municipio había pasado a hacerse cargo de las festividades y los estudiantes, que estaban acostumbrados a que el CEL armara todo, no estuvieron muy de acuerdo con la intervención municipal. Realizaron una sentada en el puerta del Municipio hasta que fueron recibidos por el Intendente y así terminó la autonomía de la agrupación, hasta que un día nadie sabía cómo y dónde había funcionado.

La fiesta del estudiantes tuvo varias sedes: los boliches “Ego” y “La Esquina”, ubicados en el acceso al pueblo, el gimnasio del “Club Rivadavia” o del “Linqueño”. Cuando mi papá iba al secundario se hacían carros alegóricos para competir entre los colegios, además del Rey y la Reina de cada escuela, que en uno de los bailes se elegía entre ellos a los Reyes de la primavera. Las malas lenguas decían que algunos estudiantes se encargaban de romper los otros carros para eliminar la competencia. Cuando mi viejo era adolescente no habían en Lincoln tantos secundarios como cuando mi hermano, mis primos y yo fuimos al colegio.

Una vez leí en “Apuntes sobre mi pueblo” que por 1879, cerca de lo que hoy es Martínez de Hoz, nació el primer Consejo Escolar de Lincoln y que fue Domingo Faustino Sarmiento quien dictó a pedido de la comunidad la creación de la primera escuela del Partido. Con el tiempo surgieron otras escuelas, pero en 1910 se concretó la creación de la Escuela Normal “Abraham Lincoln” (ENAL) y en 1935, con la inauguración de los bachilleratos, pasó a ser un Colegio Nacional. A su lado se fue organizando la escuela “Nuestra Señora”, que en sus inicios era colegio pupilo de monjas para “señoritas”.

Cuando yo ni existía, la gente viajaba a Lincoln por dos razones: la creciente actividad agropecuaria y ganadera o la educación de la Escuela Normal. Las mujeres, en cambio, migraban por el “Normal” o para ser pupilas en el “Notre Dame”. Así le pasó a mi abuela y siempre me recuerda lo mucho que detesta a las monjas por esa experiencia.

Estas dos instituciones fueron el clásico de la Semana del Estudiante. Las cargadas entre colegios fueron siempre las mismas. Al “Notre” se le cantaba *“la Normal escuela*

de varones/ la Normal escuela sin igual/la Normal no acepta maricones/ni putos ni cagones como la Notre Dame”. Como ya mencioné, en sus inicios era solamente para mujeres.

Por otro lado, era importante que se lo reconociera como un colegio privado, no como semi privado. Así se ocultaba la realidad estatal del colegio y la cuota que recibía del Estado. Por alguna razón, la “Normal” no era buena por ser pública, entonces mientras más privadas parecieran las otras, mayor prestigio gozaban en la comunidad. Digamos que el paso del Colegio Nacional de Lincoln no mejoró cuando pasó a ser provincial. Así se ganó un cántico que dura hasta hoy: *“No tienen luz/no tienen gas/son los villeros de la Normal”*.

Como dice el dicho, “no hay que dejarse guiar por las apariencias”. Por más privado que pareciera o por más uniforme escocés que usaran los chicos, los dos colegios tenían los mismos maestros y profesores que provienen de los institutos de Educación Terciaria de Lincoln: el Instituto de Formación Docente N° 14 y N° 134. Era común, entonces, juntarse a hacer las tareas con amigas que fueran a distintas escuelas o mandarnos mensajes y cargadas con las profesoras que iban de un colegio a otro.

Más adelante entraron en la competencia la Escuela del Alba y la alianza de escuelas técnicas. Cuando yo me recibí se sumó el secundario de la Escuela Monseñor que se inauguró en el 2011. Estos tenían muy poca participación en las peleas de la Semana del Estudiante por la fuerte interna de los dos primeros, pero “el Alba” siempre ponía lo mejor de los pibes y de su capital económico, aunque fueran no más de 15 estudiantes en 5° año.

Tan poca bola le dabamos al “Monse” que en la previa a un baile, mientras “Notre” y “Normal” se puteaban en la puerta del “Rivadavia”, por culpa de un descuido policial que permitió el enfrentamiento, algunos chicos del “Monseñor” empezaron a tirar petardos entre las patas de los que se estaban peleando, rogando entrar en el conflicto. Nadie se dio vuelta a mirarlos cuando cantaban y saltaban desaforados.

En 8° grado fui a mi primera pintada de la Semana del Estudiante. Era el primer evento y duraba dos o tres noches. Una vez elegidos los Reyes, estos tenían que escoger una temática y ese año la “Normal” eligió el circo y la “Notre”, Hawaii. Los pibes tenían que pensar una frase acorde al tema y que estuvieran en alguna palabra los nombres de los Reyes. Abajo se hacía una caricatura de ellos. Cada escuela tenía asignada una calle de las que rodean la plaza principal para pintar la frase con los dibujos. En el medio de la noche todos se emborrachaban y terminaban trabajando unos poquitos. La última noche de pintada fue la última de todas cuando dos pibas del “Notre Dame”, medio en pedo, pasaron puteando y gritando “villeros” por la cuadra de la ENAL. La consecuencia fue que toda la escuela las corriera y ahí terminaron para siempre las pintadas. Se las reemplazó pidiéndoles que hagan lo mismo

en una bandera que se colgaba durante los bailes.

Las demás noches siguieron su curso con los tres bailes: el del *sex symbol*, mariposón y el más importante, el de disfraces. Obviamente la tarde del 21 de septiembre todos iban al parque a festejar el Día del Estudiante. El alcohol estaba presente en los festejos pero quién iba a reprimirlos, si ellos eran los organizadores. Hasta que una noche apareció, junto con el Municipio, el control policial con el test de alcoholemia y nunca dejó la puerta.

Mi primer baile del *sex symbol* fue en el “Rivadavia” y vi cómo muchos pendejos vieron por primera vez en su vida a una guarra levantar las piernas por arriba de una silla, sacarse el guardapolvo y quedar en corpiño con una calza muy cortita. Todos quedaron boquiabiertos, las mujeres, algunas, rojas de la envidia y otras, eufóricas, alentándola. Los varones tenían tres reacciones: la bancaban, se ponían a gritar y zamarrear de la calentura que tenían o se quedaban estupefactos esperando que no se les parara la pija. Era una competencia igual las otras, y de cada colegio se presentaban, como soldados, sus *sex symbol* que dejaban todo en el escenario. Siempre me pregunté cuál sería el criterio para evaluarlos.

En otro momento todos hubiéramos tratado de putas a las compañeras que se presentaban y se las hubiera condenado socialmente, pero esa noche eran ídolas. La escuela las amaba y todos agradecían por tener a “una puta” entre sus filas.

A esa fiesta no se presentaban solamente mujeres, y quien llevaba hombres tenía doble de puntaje. Como las chicas, iba vestido de guardapolvo y, poco a poco, fue desnudándose hasta quedarse solo con unas *Converse* negras y una tanga amarillo fluorescente. Uno está acostumbrado a ver mujeres desnudas, ya sea en la tele o un afiche de una revista, pero un hombre no está asimilado en la imaginación del pueblo. Muchos sabían lo que iba a hacer y las chicas estaban asqueadas, ni hablar los varones. Pero cuando salió al escenario tiraron la jeta al suelo del impacto, de verlo moverse más sensual que “las putas” y la euforia de ganar, de que fuera nuestro, lo aplaudieron en vez de insultar; y mis compañeros, en vez de gritarle “puto de mierda”, lo bancaban y le decían “¡¡vamos viejo, rompelá!!”.

La noche siguiente era el baile del mariposón y era la única vez en que un varón podía vestirse y maquillarse como una mujer sin que lo cagaran a palos. Un grupo de estudiantes se presentaba por cada colegio, se vestían de mujer lo más exagerado y grotesco posible, bailaban una coreo con un compilado musical que tenía que demostrar que eran unos putos bárbaros. Al ritmo de “Pluma pluma *gay*” y “Estoy saliendo con un chabón” se maquillaban, se ponían pelucas de colores, colitas y brochecitos, con el culo entangado y mostrándolo todo el tiempo, se volvían locas y se apretaban, se tocaban y capaz que se daban algún beso. A diferencia de lo que producía un homosexual en el pueblo, esta deforme caricatura era bien aceptada, todos

se morían de risa, los aplaudían y los felicitaban.

Un grupo padres largó un comunicado sobre lo terrible que era la noche del *sex symbol*, preocupados por el daño que esto le podía hacer a los estudiantes. Ahí terminó la sensualidad de los bailes y se inauguró en su lugar el baile de la corona; donde los Reyes hacían una coreografía para presentarse y, obviamente, también era competencia. En mi año nuestro candidato a Rey tenía más Fiestas del Estudiante que todos nosotros juntos, estaba por cumplir 19 y se preparó un baile a las apuradas que nunca hicieron porque el Rey llegó borracho. De todas formas, lo ganaron.

Mi prima alguna vez me dijo que el CEL había prohibido mandar a hacer los trajes con modistas o sastres, y que el “Alba” había sido descalificado por eso un año. Cuando yo fui a mi primer baile se notaba que había una mano profesional, pero siempre mezclado con la imaginación y la actitud de ratones que estábamos acostumbrados a manejar. Había que ser original y gastar poco. Cuando estás en 5° año, los chicos hacen circular una caja que llevan todos los días a la escuela con la que juntan plata para septiembre. Además, todas las semanas nosotros poníamos un poquito, así fueran \$2 o \$15.

Teníamos que armar una coreografía de no más de 15 minutos, en donde todos los disfraces tuvieran su momento, armar la edición de sonido con todas las canciones y que contase una historia donde los Reyes se destacaran. Siempre había un villano o una villana. Nuestra temática fue cine y todos estábamos disfrazados de personajes de *Titanic*, *Avatar*, *Moulin Rouge*, *Star Wars* y de otras pelis. Nuestros reyes eran *Jack y Rose* y los villanos eran “el Guasón” y “la Hiedra Venenosa” de *Batman*.

Llevamos algunas cosas a la modista y otras las armamos con ropas prestadas y tintura de papel *crepe*. Cortamos cañas en un terreno baldío, llevamos arena en tachos de pintura, le robamos las sillas a la escuela y nos maquilló, de regalo, la tía de una compañera que pintaba tortas. El único colegio que nos importaba cómo iba a ir vestido era el “*Notre*”, que había elegido *Disney*.

Los estudiantes se juntaban todas las noches en el colegio y ahí iniciaba la larga marcha hacia el baile. La policía hace algunos años que organiza nuestra ruta para que los dos más viejos no se encuentren. Cuando entramos al “Rivadavia” nuestro némesis ya estaba adentro y la primera impresión fue ver a la verdadera reina de copas de “Alicia en el País de las Maravillas” y literalmente a la Bestia de “La Bella y la Bestia”. Era como si todos los trabajadores de *Disney World* les hubieran prestado los disfraces. Todos venían a decirnos que nos iban a romper el orto. No había manera de ganarle a esa producción, ni nosotros ni ninguna escuela. Habían gastado una plata que nadie creía que podía gastarse para eso.

Finalizado el baile, los jurados favorecieron a la “Normal” porque entendieron que lo del otro colegio había sido desproporcionado y eso dejaba fuera de la competencia a

cualquier otro desde lo económico.

El semi privado nunca pudo entender lo de “desproporcionado”, si ellos habían sido los mejores. Muchos nunca superaron haber perdido, ya que todavía nos putean. Lloraron tanto y pidieron tantas revisiones, que sus padres mandaron cartas a los diarios denunciando cómo habían estafado a sus hijos. También insultaron a las docentes que fueron jurado y a las de la ENAL, las trataron de “obesas” y “chorras” porque decían que una había cobrado un cheque por votar por la estatal. Así que el Intendente, para calmar los ánimos, les dijo que alquilaran los trajes de vuelta, se pusieran los que tenían y que pasaran haciendo su coreo en un carro por el corso. Para ellos esa fue su revancha.

Al otro año, volví al baile y vi que la “Notre” entró con otro emblema en sus remeras, “BLACKIS + GRASA= ENAL”. Volvieron a gustar lo mismo o más que antes y ganaron. También empezó a hacerlo la “Normal”. Cuando vi esa remera, cerré los ojos y me recordé a mí misma en el primer baile, cuando la “Normal” se presentó y una masa de gente gritaba como una sola: “putos, putos, putos”. El público, redoblando la voz, les contestó: “chetos, chetos, chetos”.

En los bailes todavía se hace la noche del mariposón porque no es peligroso para los estudiantes como la del sex symbol. Los chicos no se disfrazan tanto de mujeres, sino de maricas que hacen coreos con canciones propias de lo que la cultura machista cree que es gay y, por alguna razón, no afecta ni puede dañar la inocencia de los estudiantes. Ningún padre hizo una carta o descargo en el diario como si se hizo por el sex symbol.

Ahora todos trabajan con modistas de Junín o de Lincoln y graban producciones hechas por el Municipio. Hay fotógrafos y coreógrafos que filman a los Reyes haciendo presentaciones y producciones en el parque o en el acceso, de musicales y aquadance al fiel estilo de “Bailando por un Sueño”.

Los estudiantes pasamos de ser los jefes de nuestra fiesta a que nos organice el gobierno de turno. Los bailes tenían que ver con sus decisiones, no con lo que la Municipalidad cree que deben ser para los estudiantes. Vendimos nuestra autonomía por la producción audiovisual con la que sueña una quinceañera. Pero pareciera que ni a las escuelas ni al Municipio o a la Secretaría de Cultura alguna vez les haya importado que se fuera de las manos, que gritarse “negros de mierda” o “chetos de mierda” estuviera bien. Y los chicos entendieron que para demostrar quién puede poner más, tienen que participar cada vez menos.

Una pelota chocó contra las ramas de un árbol. Yo estaba adentro de casa, pero lo escuché. De chusma abrí la puerta del frente y observé: mis vecinitos jugaban a la pelota. Uno decía ser Benzema, otro Cristiano Ronaldo y el último, Maradona. Esa interacción me interesó, entonces, me quedé a observarlos desde mi vereda. Ellos usaban de cancha el terreno de Cacho. Los arcos eran cuatro troncos de álamo. Jugaban y relataban sus jugadas, también impartían justicia, siendo su propio árbitro. Yo era la única espectadora, neutral, aunque un poco me tiraba “el Maradona”.

Siempre me gustó el fútbol. Pero ni la UEFA, ni la Copa Libertadores, ni la Copa Mundial se compara con el fútbol de barrio. En la alta competencia el fútbol está y la defensa por los colores también, pero es distinto. El fútbol de barrio es roce, es sonrisita desafiante, es gambeta. Es tironeo de camiseta, es puteada por lo bajo, es caño. Me podrán decir que en la alta competencia eso también está y sí, es cierto, pero no es lo mismo.

Los niños seguían jugando, a “Maradona” le robaron una falta que nunca existió y yo me embronqué hasta el apellido. “Maradona” se había ganado casi todas las miradas. El D10S del potrero los pasaba a todos. El chiquito encarnaba a la perfección al prócer del fútbol. “Karim” y “Cristiano” tenían talento: les sobraba fútbol, les faltaba barrio. El que encaraba, no dudaba y seguía a pesar de los manotazos y agarrones, era “Diego”. Maradona, el barrilete cósmico, el de la mano a los ingleses.

La alta competencia es como tocar el cielo con las manos, es el sueño del pibe, pero a veces desvirtúa personalidades. Maradona era de alta competencia, pero nunca perdió la esencia de barrio, el carisma y la humildad. Eso lo hacía distinto. “Karim” y “Cristiano” lo miraban por arriba del hombro y eso me enfureció. “Diego” les hizo un “ole” y lo disfruté mucho. Los del “Real” simulaban faltas, lloraban por todo, vivían más en el suelo que jugando a la pelota. “Diego”, en cambio, jugaba sin canilleras y hasta sin piernas.

Los “merengues” fueron de barrio en algún momento pero el éxito y el espectáculo les comió la cabeza. “El Diez” metió un gol. El festejo incluyó baile y dedicatoria frente a la cámara imaginaria. Los contrarios se querían matar, se sentían humillados, “Diego” les estaba pintando la cara. Le pusieron punto final al encuentro, “Maradona” se acercó a saludarlos y los otros dos mocosos lo miraron con desprecio. Los perdedores se fueron echando en cara la derrota, “Diego” hizo rodar la pelota y, pateándola, cruzó la calle. Nos miramos y no pude evitar decirle “seguro sos del Defe”. Sonreímos porque ambos sabíamos que estaba en lo cierto.

Entré a casa y cerré la puerta. “Maradona es sinónimo de fútbol de barrio”, pensé.

Ingresaba a una cancha, cerraba los ojos y jugaba. Hacia adentro se situaba en su cancha preferida: el potrero, desde allí daba clases de fútbol. Maradona es roce, sonrisita desafiante y gambeta. Es humildad, carisma y simpleza. Es tironeo de camiseta, puteada por lo bajo y caño. Es huevo, decisión y aguante. Maradona es de barrio y es azulgrana.

**006/
EL EJEMPLO
UNIVERSAL**

Es cortés y muy galante
educado por demás
en su escala de valores
lo primero es estudiar
muy correcto en sus modales
moderado al criticar.
El estudiante - Los Twist
Disco: Cataratas musicales, 1991.

YO NO SOY EL CAMPO

–Esta Cristina es alta hija de puta, le saca guita a la gente del campo. ¿Por qué no se ocupa de los trajecitos esos que se pone, eh? Me hace agarrar una bronca...

Ana estruja el lápiz que usa para los ejercicios de matemática como si fuera “El Increíble Hulk”. Cuando escribe, aprieta fuerte la punta sobre la hoja. Hace lo mismo cuando borra. Siempre está enojada, como si no tuviera nunca un motivo para sonreír.

Mi colegio, el Instituto San Antonio, es semi privado. Es católico y pertenece a la Congregación de Hermanas Franciscanas. Pagamos una cuota de \$70. En Darregueira, el “San Antonio” es “el colegio de los chetos”. Yo no me siento cheta, muchos de mis compañeros de hecho son de familias humildes, rozando la clase media. Ana también. Su madre trabaja como cajera en un supermercado. Del padre lo único que tiene es el apellido y sus modales de mierda, según se cuenta en el pueblo. Pero ella era “El Campo”. Agarró un resaltador y una hoja n° 3 Rivadavia reforzada. Escribió “yo estoy con El Campo” y lo pegó en la puerta del aula.

Es martes a las 7:30 de la mañana, tenemos Lengua y por dos horas seguidas. En mi curso estamos revolucionados armando un café literario. La profesora que nos propuso hacer ese evento se llama Pilar y está loca. Siempre habla de cómo le pega a su marido y lo encierra en el baño, de las dietas que hace ahora que adelgazó 30 kilos y sus cachetes están en modo *bulldog*. De la ropa, los zapatos y los marcos de anteojos que compra para que todo esté en composé y, también, habla de ser “El Campo”. De hecho, una clase nos contó que está peleada a muerte con su hermano y su madre por el manejo de sus tantas hectáreas.

–Yo no sé a dónde vamos a parar con este tema. Esta “señora” nos está llevando al fondo. Está bien que la gente del campo corte la ruta, no puede ser, no, no, no. Y nosotros armando un café literario... ay, Dios mío, no hay nada en los negocios. Y yo quería que todos ustedes traigan dos paquetes de “Donuts” (sic) de Bonafide, uno de chocolate negro y otro de chocolate blanco. Ahora vaya a saber uno cuándo podremos conseguir...

–Pero Pilar, podemos hacer unas tortas nosotros –dice Ro.

–De ninguna manera, yo quiero que sirvamos los “Donuts” (sic). Además, ¿cómo será posible que ustedes encuentren leche o huevos? ¿Eh? Si yo lo mandé a Néstor –por cierto, su marido se llama Ernesto, pero ella lo rebautizó porque su nombre no le gustaba. En el pueblo todos le decimos Néstor. –a comprar yogur Ser de frutos rojos, porque yo tomo ese y no otro, no, no, no. Y tu mamá, Ana, le dijo que no había. Néstor recorrió todo el pueblo, todos los negocios, y no había. Yo tomo leche

La Serenísima descremada, yogur Ser de frutos rojos, queso Casancrem... Tengo toda la heladera verde porque yo consumo todo descremado. Me va a faltar calcio y me voy a enfermar, todo por esta mujer que quiere empobrecer a la pobre gente del campo. Me voy a enfermar.

Ana se sienta siempre en el banco que está atrás del mío. Se queja de todo, de la tarea, de la política y de la vida en general. Tiene quien la escuche, además. Adelante, el soliloquio de Pilar sobre los productos descremados sigue.

–Tiene razón la loca esta. Vamos a estar todos enfermos por la vieja de mierda de la Cristina. Está cagada de la cabeza. ¿Viste Tincho lo que le dijo el otro día De Ángeli? Es un genio –escucho su risa contenida y el susurro de una frase seguramente grandilocuente del nuevo referente rural. Es la primera vez en el año que la escucho reírse –El tipo tiene séptimo grado y viste lo que es... ¿ves que no sirve de nada la escuela? La campanilla suena y todos salimos al recreo. Yo necesito tomar aire aunque sea abril y hayan caído las primeras heladas porque no sé de qué manera sentirme cómoda. Ya me he puteado otras veces con Ana por política. Ella dice -por detrás- que soy “una nerd de mierda que defiendo a la hija de puta de la Cristina”. Yo me guardo los comentarios. Si la puteo a ella me putean quince gorilas más. La mayoría de mis compañeros son “El Campo”, aunque no tengan tierra que les pertenezca. Los que no lo son, no se animan a contrariar al resto.

Desde la ventana del aula veo la secuencia de autos estacionados que comparten el mismo cartel: “yo estoy con El Campo”. Todos lo tienen, menos el *Duna* blanco de mis viejos, con el que aprendí a manejar. Mi mamá es profesora de Historia en el San Antonio, a veces me la cruzo y hago fuerza para decirle Ángeles y no hacer el ridículo. Mientras iba al baño, vi que estaba hablando con Pilar. Pobre Ángeles, pobre madre. Pilar es de agarrar profesores y quedarse charlando para hacer tiempo y llegar más tarde al aula. Es como un deporte para ella.

–Yo le decía al curso de tu hija, qué terrible todo lo que está pasando y esta yegua que tenemos de presidenta no cede. Esta tarde hacemos un cacerolazo en la plaza, eh. Así que tomá, tomá el cartelito que vi que no lo tenés en el auto.

Esa fue la primera de muchas veces que escuché un “yegua” dirigido a Cristina.

–Ajam. Bueno, Pilar, me voy a 2° Polimodal. Nos vemos.

Cuando llegué a casa, mi vieja estaba visiblemente incómoda. Soltó un “me tienen podrida”, resoplando.

–Me quieren enchufar el cartel de mierda ese. ¿Sabés cómo lo metí en el maletín y lo tiré hecho un bollo cuando llegué acá? Que se metan el cacerolazo en el culo. Cuando los docentes reclamamos que nos aumenten el sueldo no salen los chacareros a cacerolear por nosotros.

A la tarde tuvimos que salir a hacer mandados al centro. En la plaza había alrededor

de 100 personas golpeando ollas de acero inoxidable y con los carteles colgados en los cuellos. Las 4x4 de los apellidos destacados tocaban bocina en caravana por el *Boulevard* Hipólito Yrigoyen.

En la delegación había un pasacalle que repetía la frase más escuchada, más escrita, más masticada por esos días. Había mujeres grandes en su mayoría, gente que no tenía campo pero que por primera vez se interesó en un tema político. Ana estaba golpeando un hervidor viejo y tiznado con una cuchara.

Tiraban papelitos y algunos tenían matracas para no destruir las ollas. Tiraban espigas de trigo, que es la mayor cosecha que hay en la zona, además del maíz y el girasol. No, en Darregueira casi no hay producción de soja. Esas retenciones pasaban por el costado, como la mayoría de los acontecimientos importantes en el país que le resbalan a todos hasta que un temor de las grandes familias por perder sus privilegios las ponen en pleno centro del pueblo.

La plaza parecía un carnaval, pero un carnaval lleno de gritos de odio y pedidos de que se vaya la yegua. Una fiesta a la que nunca me voy a sentir invitada.

LA ESCUELA NORMAL, LA ESCUELA DE SARMIENTO

Siempre sentí una ventaja al poder ir a la mañana al colegio. Ese turno siempre había sido el más complicado de conseguir. El turno tarde era más relegado y era bastante común escuchar que alguien diga “que los pibes de la tarde son un problema” o alguna madre que amenace: “si no sacás las materias, te cambio de colegio porque al turno de repetidores no vas a ir”. Así era la tarde, de los repetidores.

Mi vieja nos mandó a la mañana por una simple razón: la siesta era el único momento en que podíamos estar con mi papá y eso valía levantarnos a la madrugada. En el secundario me despertaba sola a las 6.30. Desayunaba unos mates y me ponía el guardapolvo tableado que usan muy poco ahora las mujeres. Los últimos tres botones me los dejaba desprendidos, a diferencia de mis compañeras, que iban con el guardapolvo planchado, bien blanco y prendido hasta el cuello. Todas llevábamos el ruedo a 30 centímetros de la rodilla y no como antes, que las chicas se ponían el cinto bien bajo para subirse el guardapolvo todo lo que pudieran sin cortárselo. Ninguna pensó que teníamos que usar ese guardapolvo sin pantalones para la entrega de diplomas. Después de vestirme, arrancaba caminando unas cuadras con mi perro hasta que Mariano me levantaba en la bici bordó de su mamá.

La escuela a la que íbamos era la misma a la que habían ido nuestros papás, nuestros tíos y nuestros hermanos. Todos éramos “hijos de”, “hermanos de” o “sobrinos de” en el colegio. A veces convenía, a veces no. La Escuela Normal “Abraham Lincoln” N°3 con secundario, primario y jardín era completa. Siempre me pareció hermosa y como todos los Colegios Nacionales, gozaba de cierto prestigio. Ocupaba una manzana entera, tenía gárgolas, decorados antiguos en los pisos, las paredes y las escaleras con azulejos de colores y dibujos. Los candelabros, las puertas y ventanas de hierro eran de una época que en que los edificios importantes se hacían con sudor y sangre.

El olor a kerosén con el que limpiaban los pisos de madera de los salones para matar las pulgas, trascendía las generaciones y mi viejo todavía me pregunta por el rincón de la primaria que estaba atestado de murciélagos; o el busto de Sarmiento que aparecía todas las mañanas con una marca estudiantil.

Con Mariano llegábamos tarde casi siempre y teníamos que esperar junto a los tardíos, mientras se hacía el saludo a la bandera, en el zaguán debajo de un cuadro que leíamos constantemente: “*In deo speramus*”.

Ninguna mañana era menos importante que la anterior, siempre había alguna sorpresa. Recuerdo cuando iba a octavo grado y un cartel en el vidrio de la puerta del salón me hizo para a leerlo: “Yo estoy con el campo”, decía, con letras negras y una

bandera argentina pintada con fibrones detrás de las letras. Antes de abrir la puerta me quedé pensando, me resigné creer que ya habría algún quilombo por el papel y me puse a putear antes de entrar.

Me senté en el banco mientras mis compañeros gritaban y se pasaban más carteles del campo para pegar y Marce, la preceptora, los miraba dulcemente y sonreía viendo a los chicos tan patrióticos y activistas. El momento de “estar con El Campo” se cobró muchos meses en el pueblo y sobre todo en el colegio, entre nosotros los chicos y los grandes que no supieron entender que no eran chicos.

Fue en esa época que me gane un apodo: “manzanita”. Así me decía mi profesora de Política y Ciudadanía porque según ella, yo era la manzana que pudría el cajón. La misma profesora se jactaba de ser graciosa con nosotros, de ser “pendevieja” y de señalarme como “zurdira” o como indocumentado a algún compañero extranjero. En fin, cuando yo discutía con ella por sus apodos, chistes y por el cartel en la puerta, Marcela dulcemente me invitaba a ser menos “quilombero”.

En séptimo grado comenzamos a tener la materia Música donde cantábamos himnos, canciones de folclore o algún rock nacional de lo más tibio. Una mañana Norma nos dio el himno a Abraham Lincoln, que sonaba seguido en los actos en el gimnasio pero ninguno de nosotros sabía la letra. No lo canté. Ella se acercó y me pidió que la canté. Le dije que no, que no quería cantarle a un prócer imperialista en una tierra de Pampas, de Ranqueles, de Fortines y de gauchos. Aquí donde nos habían obligado a llamarnos linqueños cuando ya había otros nombres, cuando ya éramos “Fortín El Chañar”; acá le cantábamos a Abraham Lincoln y como si fuera poco la institución que debía formarnos contra “nuestro pasado bárbaro”, llevaba su nombre. Después de todo todavía recuerdo esa estrofa: “*La escuela de Sarmiento invoca tu memoria*”.

Obviamente no le dije nada de eso a ella, solamente lo del prócer imperialista. Bastó una pequeña amenaza para ponerme a cantar con cara de culo. Irónicamente, Arturo Jauretche que ha sido llamado “el pensador Nacional” y escribió muchas veces sobre estas contradicciones en sus libros. Era de Lincoln y ex alumno del colegio pero nunca lo leímos en la escuela, ni lo nombramos mucho en el pueblo.

El día del cartel del Campo tuve una discusión similar con mi profesora. El debate entre los alumnos y ella comenzó a ser más picante para mis oídos y cuando me había dado cuenta, ya me había metido. La palabra injusticia me retumbaba, la charla se trataba sobre la Resolución 125. Injusta para los pequeños productores, para los camioneros, para los peones, para el cura local que iba a bendecirlos y sobre todo para los gigantes propietarios que nunca pisaban la ruta. A mis 14 años sólo llegaba a una conclusión: había injusticia en las calles vacías de autos por la falta de nafta, en las góndolas de los supermercados que no tenían nada, en las farmacias que no recibían medicación y en las clínicas y hospitales que no tenían suero; o en la leche

derramada en la banquina de la ruta por los manifestantes.

Me costaba seguir el hilo de las discusiones que se prolongaron por semanas y había una frase que se repetía: “yo soy El Campo, ¿vos no?, vivís en Lincoln”. En mi cabeza resonaba esa pregunta todos los días, “¿Yo no estoy con El Campo?”, pensé, ¿soy El Campo?, ¿quién vendría a ser El Campo?

Manu se apoyó arriba del banco para poder susurrarle algo a Pía: “creo que viene De Angeli”. Estaba sentada al lado de ellos.

–¿Y quién es De Angeli? –le dijo.

–El chabón que está armando lo de las cortadas de ruta y eso.

Esa mañana nos enteramos que la Escuela N°2 había salido a saludar a De Angeli frente a la Plaza Rivadavia, junto con algún que otro director de colegio o un juez de paz que se entusiasmó con su perfil ciudadano y se olvidó de sus responsabilidades políticas.

–Es cualquiera –, dije –¿cómo van a sacar a los pibes a saludar?

–¿Qué tiene de malo? –me respondió Federico.

–No está bien, yo no salgo ni en pedo y si sos chiquito no te das cuenta de que estas haciendo.

–Vos lo ves así por cómo pensás, no es lógico lo que están haciendo con la gente. Nuestro país vive del campo –, me respondió.

El grito de la profesora de política terminó la discusión diciendo que Lincoln era El Campo, que teníamos que entender la magnitud del conflicto, que éramos argentinos y nos teníamos que sentir parte. Tocó el timbre e interrumpió el silencio incómodo de la profe enojada.

HONOR Y GRATITUD A MARIO

Mis viejos decidieron que vaya a la Primaria N°2 “Domingo Faustino Sarmiento”. Por conveniencia de horarios eligieron el turno tarde. Durante esos seis años me crucé con varias maestras. Todas distintas entre ellas, personalidades y características diferentes. Una sola cosa tenían en común: la pasión que le ponían para dar la clase del Día del Maestro. Cada una con su plan, cada una con su cronograma, pero todas con la misma dedicación.

El 11 de septiembre adentro del aula empezaba con un: “¿Saben que se celebra hoy?”. Cuando la mirada de la “seño” apuntaba hacia nosotros, todos respondíamos a coro. Esa respuesta a veces salía con un poco de timidez y otras veces con un poco de temor, pero siempre ponía en juego todo lo que habíamos leído sobre Sarmiento a modo de tareas. “Hoy es el Día del Maestro. Es un homenaje al padre del aula. Es el aniversario de su muerte”.

Esas eran las respuestas que gritábamos en simultáneo, sin levantar la mano y sin respetar el orden. A pesar del alboroto, la maestra sonreía porque sus alumnos habían hecho la tarea y respondían su pregunta.

“Domingo Faustino Sarmiento nació el 15 de febrero de 1811 en la ciudad de San Juan. Sarmiento fue docente, periodista y escritor. Murió el 11 de septiembre de 1888, en la ciudad de Asunción, Paraguay”. Escuché estas oraciones durante los seis años, a veces leído con tono dulce, a veces recitado en versos y a veces dicho casi de memoria. Cuando entre a la secundaria sabía poco de Sarmiento. Menos mal que mi primaria llevaba su nombre.

En tercer año me cruce con Mario, el “Profe” de Historia. El primer día de clases nos aclaró que omitiría el diseño curricular, no daría Historia Universal ni Latinoamericana, se dedicaría a enseñarnos Historia Argentina. Mario de metro setenta y pico, gordito, morocho, con barba candado y patillas al estilo de Facundo Quiroga, siendo sincero y cumpliendo con su trabajo, nos contó la verdad tan temida por las maestras de la primaria.

Las maestras eran hadas protectoras, no querían contarnos las crueles verdades de Sarmiento. Sin embargo el ogro nos leyó el mismo libro que leían las hadas. Esta vez ninguna oración fue omitida.

–Si estuviera Evangelina acá se muere de un infarto –me comentó Juan, compañero con el cual compartí la primaria y la secundaria.

–¡Ay Juan! No seas exagerado. No sé si moriría de un infarto, pero quizás le picaría el bichito de la culpa.

Juan me miraba y escuchaba con atención.

–¡Mal! Tenes razón. No sé para que nos ocultaba tanta información, al pedo. Es como que nos negaba nuestra historia.

–Por ahí tenía miedo que diosito Sarmiento la castigue –, le respondí.

Juan largó la carcajada ante mi respuesta irónica. Mario interrumpió su explicación y preguntó si nos pasaba algo. Para remediar nuestra charla paralela y falta de atención compartimos nuestro diálogo con él. Evangelina era nuestra maestra de Ciencias Sociales en cuarto grado, era una versión renovada de la “Flaca Escopeta”, era un poco más alta y tenía el pelo mucho más largo. En vez de la escoba tenía un portafolio de cuero negro lleno de cosas.

Luego de escuchar nuestro descargo, Mario sonrió y retomó su explicación. Me juego la cabeza que se mordió la lengua por no acoplarse a nuestra queja. Él nos enseñó que Sarmiento fue un político unitario responsable de varias matanzas como por ejemplo, la Guerra del Paraguay. Una vez terminado el Ciclo Lectivo 2009 y después de las clases de Mario, Sarmiento dejó de ser inmortal, dejó de ser honor y gratitud y empezó a ser humano.

007/ NUESTRAS PALABRAS

Las palabras me hacen falta
me hacen falta cien millones de
palabras
las palabras siempre se las lleva el
viento
pero yo las necesito (...)
Las palabras hacen trampa
nunca creo en lo que nombran las
palabras
ahí se esconden muchos tontos
importantes
pero no te creas nada de lo que te diga
nadie
las palabras nos enseñan el coraje.
Las palabras - Fito Páez
Disco: Moda y pueblo, 2005.

DIJO PALICHE

En la casa del tío Omar la mesa está puesta. Hay tres sifones de soda, una botella de Cinzano y una Gancia. En el medio, una tabla con chorizo seco, el queso de los menonitas y aceitunas. De fondo está la radio del Coco, con la música alemana. De vez en cuando, el Coco interrumpe con alguna publicidad.

–Natura, *mmm*, qué rica esta tarjeta.

Mi viejo y mi tío no podían parar de reírse.

–Se le mezclaron las propagandas al Coco –dice Omar.

–Para mí se sentó arriba del control, como el chiste del “Flaco” Pailos –dice mi viejo.

–Mirá que se va a confundir la tarjeta Nativa con la mayonesa.

El Coco anuncia *Barrilito* de cerveza, los almuerzos de los domingos son un poco Esperando la carroza: hablar a los gritos, alguna tía usando un pañuelo en la cabeza que le tape los rulos, la ambientación del lugar como si los 80 nunca se hubieran ido.

–Traé el vino que el asado ya está.

Nos sentamos a la mesa. Mi tía Elsa le había puesto un mantel de tela con flores, medio navideño. Somos seis: Omar, Elsa, mi primo Cristian, mis viejos y yo.

–Coman, *sinvergüenza* –siempre me hizo reír como una idiota ese juego de palabras de Omar.

–Y *Shusita*, ¿cómo te va en la Universidad? –me pregunta Elsa que, después de treinta años viviendo en el pueblo, no se le va la tonada cordobesa.

–Bien, ahora tranqui porque ya metí las materias que estaba cursando.

–Qué bueno, vas al día como la Sabri. Todos estos chicos son *she* estudiosos.

–Qué bárbaro, dijo Paliche –dice Omar, mientras se manda el último trago de Cinzano sodeado para servirse vino después. Todos nos reímos.

Esa frase es un mantra que repito desde chica sin saber realmente qué significa. En todos los asados y mateadas a la tardecita, alguien dice “qué bárbaro, dijo Paliche”.

Un día se lo pregunté a mi viejo, porque preguntarle a Omar era un poco vergonzoso.

–Paliche iba a lo del “Barba” Prost a tomarse unos vinos. Mientras estaban ahí, los borrachines hablaban de sus penurias, supongo. Cuando se quedaban callados, el tipo le decía al Barba “qué bárbaro che, servime otro vino”. Eso era lo único que decía.

–Ahí vienen los chorizos de Hutter, che –dice Omar. Y reafirma –“más fácil que robarle los chorizos a Hutter”.

Todos nos reímos, de nuevo.

–Este Omar es una biblioteca de dichos –dice mi vieja.

–¿Pero era fácil robarle los chorizos a Hutter? –pregunta Cristian.

–No, era imposible, el chiste está en eso –explica Omar.

El Coco en la radio interrumpe *Del Volga al Paraná* para anunciar el juego del domingo.

–Llame al 02924 420 368 y participe del sorteo de Panadería “San Cayetano”. Panadería “San Cayetano” ofrece: churros con crema, churros con dulce de leche y churros sin nada –en el asado ya estamos descompuestos de la risa –. *El juego para participar del sorteo de hoy es decir palabras que empiecen con “Y”, por ejemplo, “yogin”.*

Omar se pone colorado de la risa. A todos nos caen lágrimas. Mi viejo saca un pañuelo y se las seca. Nos duele la panza, pero no podemos parar de reír.

–Qué bárbaro, dijo Paliche –remata Omar y vuelve a mandarse un trago de vino.

ÚLTIMAMENTE ESTABAS MEDIA PUTITA

Hay palabras y frases que en algunos pueblos tienen más sentido que otros. Si alguien me dice que tiene “agarraderas” en vez de “botines de fútbol 5”, sé que es de Lincoln. Lo mismo si en un día de calor, alguien dice que está “más transpirado que chorizo en la guantera”. O que a algún calentón le digamos que es “un arrancado verde” o un “porfiado”. Otro calificativo que se usaba mucho en mi pueblo era decirle putas a las chicas.

–Últimamente estabas media putita.

–Si, pero bueno, estuve un montón de novia y de repente parece que fuera mucho –, respondí.

–Claro, si. Puede que tengas razón pero fijate porque estas quedando un poco puta. A los 16 años me dijeron puta porque estuve con tres varones distintos en un lapso de dos meses.

Recuerdo que cuando era adolescente, teníamos que tener mucho cuidado de ser calificadas de esa manera. Porque si queríamos tener novio, si queríamos ser tomadas en serio, si queríamos tener buenas amigas y amigos, si queríamos que los padres de nuestros amigos nos miraran bien, no teníamos que ser putas o rápidas. Pero también queríamos salir, tomar, vestirnos lindas y que le gustáramos –únicamente- a los varones.

–¿No quedo muy puta así? –, pregunté.

–No, creo que no. Si además tenés las calzas abajo–. Me respondió una amiga.

–No, mejor me pongo el jean.

Todas usábamos calzas debajo de los vestidos, de las polleras y a la hora de meternos a la pileta. De a poquito las fuimos dejando de usar y del culotte, las chicas pasaron a usar tanga. Pero tenía toda una significación usar ese tipo de bombachas, algunas nunca nos animamos.

Cuando salíamos, teníamos que tener cuidado de no quedar tan putas, sino iban a hablar de nosotras toda la semana. Significaba que ibas a estar en la boca de cada grupito que se juntaba a dar vueltas en el centro el domingo a la tarde, que te iban a clavar los ojos cada vez que hicieras la vuelta del perro. Ibas a ser un motivo de cargada de los varones y el rumor iba a llegar a los oídos de alguna madre o abuela, para que puedan horrorizarse por los comportamientos de las “nenas”.

Una mañana en el colegio, charlamos sobre el chisme del fin de semana. Una conocida de nuestra edad se había emborrachado antes de ir a un cumpleaños de 15. Tenía una camisola blanca que usaba como vestido y se había puesto cancanes negras con borcegos cortos. Cuando se caía al piso, se le había visto muchas veces la bombacha

entre las medias, tenía el pelo desarreglado y largo, y el maquillaje de los ojos se le había corrido un poco hacia abajo. La culpamos por haber tomado tanto y no saber. Porque encima, no sólo había quebrado, sino que había chapado con un par de pibes. Cada varón que quería estar con ella fresco, tenía más valentía con el alcohol y más ventaja con la inconsciencia de ella, así que aprovechaban y la encaraban. Después de eso, la flaca estaba en los comentarios de todos y cuando llegaba a un bar o a un boliche, ya era como si se hubiese ganado el nombre, como si esperaban que actuará de la misma manera.

“Habías estado con Martín, con Fede y te habías comido a *el Juano*. Estabas poniéndote media puta cuando empezamos”. Eso me dijo mi novio a las 15 años, acostados en las vías, dándonos besos y arrumacos en un día de frío después del colegio.

–Bueno pero no estuve con nadie más que con ellos antes–, respondí, –¿cómo voy a ser puta si me chape 4 pibes en toda mi vida?

–Es que fueron de golpe. Fue medio de putita, la fama te la estabas ganando.

Cuando hablábamos entre nosotras y nos contábamos que un chico nos hablaba, que seguramente nos íbamos a ver con él, parecía como si el triunfo en sí, fuera estar con un varón. Decir que tenías novio era el éxito, era como haber logrado el objetivo para el cual salías y te ponías linda.

¿Nos enamorábamos a esa edad o era mejor estar así que ser “putas”? No pensábamos en esa pregunta, porque el problema no era como se usaba la palabra “puta”, sino si éramos putas o no. Qué estigma podía cargar por elegir un top, una pollera, un pintalabios o dos besos en vez de uno. Muchas llevábamos relaciones conflictivas, con celos, con mentiras y con violencia. Pequeña o grande la agresión se repetía en todas nosotras. La veía en mi y la veía en la mayoría de las mujeres que me rodeaban. O me revisaba el teléfono, o me seguía a mi casa, o la esperaba en la puerta, o la amenazaba con dejarla, o la obligaba a dejar de fumar o le decía que se estaba “poniendo gorda”. Hubo peores. Hubo quienes arrastraron pibas por la calle, quienes escupieron mujeres en la cara por “putas”, quienes le dijeron mentiras tras mentiras durante años.

Lo que yo amaba de una persona se resumía a gritarnos a la madrugada porque un chico me miraba más de lo que debía. Amaba que me apretara las muñecas hasta llorar porque quería irme, amaba que me humillara y me tirara del pelo enfrente de todos. Pero todos se justificaban. Me lo merecía porque me emborraché y quedé como una “trola”, porque me tocan todos y doy asco. Somos “putas” porque a todas nos gustó hacer el amor, pero eso no lo podía decir ninguna.

–¿Te acordás de Micaela? –, me preguntó mi abuela.

–Sí, la prima de Nicolás, ¿cómo anda esa piba? –, le respondí.

–Bien, ahora vive con la abuela. Por suerte está haciendo una vida más normal. Ella

la quiere mucho a su abuela –me dijo.

–Si, si, me acuerdo. Bueno me alegro, pobre flaca, que sea adolescente después de semejante vida.

–Si, está empezando a salir. La tía está preocupada, igual que los primos, porque dicen que se ve con muchos chicos. Que se está poniendo media rapidita. Que se está arruinando pero lo peor, es que el primo dice que así “nadie la va a tomar en serio”. Unos pelotudos.

Mi abuela la tenía clara y se enojó tanto como yo. Porque ella sabía lo que era la violencia, la había vivido; y el silencio culposo de quienes sabían y las palabras clasificadoras que duelen tanto como cualquier golpe.

En la casa de un conocido siempre me sentí incomoda. Nunca supe por qué. Pero sentía que a su mamá no le caía bien. Pablo y la hermana, Marianela, eran impecables. Ella no tomaba pero él sí, no había problema con eso porque era hombre. Ninguno fumaba y los dos estaban de novios hacía mucho tiempo con las mismas personas. Solamente el hombre había tenido su época de “gato”, pero estaba justificada porque era muy lindo, las chicas lo buscaban y además, “estaba en la edad” según la mamá. Ella creía que una amiga y yo íbamos a corromper a su hijo, que en realidad, estábamos enamoradas las dos de él. Por alguna razón las que fumábamos, tomábamos y salíamos teníamos justificado que nos pasaron cosas malas, o por lo menos, eso creía la gente.

En una conversación, todos teníamos de ejemplo alguna “puta”, porque las teníamos contadas. El límite era ser como alguna de ellas. Corríamos cierto peligro de no ser elegidas por los varones, de no ser dignas de estar en el *stand* de venta para ponerse de novias.

A los hombres les daba vergüenza decir que se iban con “una puta”, pero todos lo hacían. Todos se la querían coger. De las clases más altas o más bajas, así se llamará Juan Pérez o Augusto Pueyrredón de La Serna, todos alguna vez le habían mandado un mensaje. Se habían ido con ella después del boliche jugando a las escondidas, la habrían llevado al acceso del pueblo y se la habían cogido en el asiento del auto, estacionados bajo un árbol al lado de la ruta. Y guardaron su celular para escribirle cuando estuvieran solos, cuando la “mujer de verdad” no estuviera.

Si todas hubiéramos sido putas, hubiéramos salido a la calle de tanga y pollera corta aleopardada, con un escote prominente y la cara pintada como *Bette Davis*, se habrían quedado sin mujeres en las góndolas. Ninguna podría haber sido apta para ponerse “en serio” porque todas seríamos “rápiditas”.

Decirnos “putas” era su manera de adoctrinarnos. Necesitaban alguna que otra más avispada para satisfacerse pero si todas éramos putas, ninguna valía la pena. Hubiéramos salidos las mujeres a elegirlos a ellos, a ponerles estándares para poder

vernos, parar de decirnos putas entre nosotras y culparnos de algún destino trágico por trolas.

Si hubiera sido así, tal vez nos hubiéramos evitado algún forcejeo, un cachetazo o una puteada. Tal vez no me hubieran culpado de haberle dado bola al pibe que me violó.

CHARLAS A TRAVÉS DEL TAPIAL

Siempre me caracterizó la curiosidad. Cuando tenía 6 años, mi meta a alcanzar era saber todo. No quería que las dudas tuvieran lugar en mi cabeza. Todos los sábados al mediodía iba a almorzar a lo de mi abuela, que en ese entonces vivía a la vuelta de casa, sobre calle de tierra. Cada sábado entraba a su casa y pasaba derecho al patio. Siempre la encontraba de la misma manera: arrimada al tapial, en puntitas de pie, chusmeando con la vecina. La abuela Coca es de esas personas que tienen el diccionario de dichos incluido en su vocabulario. Aunque compite cabeza a cabeza con el tío Guelo y la tía Nedy, es la que más dichos usa al hablar.

–Con razón sentía tanto alboroto–. Dije mirando a mi abuela y sonreí.

–¿Necesitan un vaso de agua? –agregué.

A mi abuela y a Josefa, su vecina, no le quedó más opción que interrumpir la charla por un momento y saludarme.

–Esta es mi nieta, la mayor –le dijo mi abuela a Josefa.

–Trescientas veces me presentaste, pobre Josefa ya debe estar podrida de escuchar que soy la mayor –no sabe cuál es mi nombre, pero que soy la mayor lo debe tener más que claro.

Me metí adentro para guardar la gaseosa en la heladera, bajé la tele que estaba a todo volumen y cuando regresé al patio...

–No le pidas peras al olmo Josefa –dijo mi abuela.

Después de escucharla me acordé que mamá me había explicado que las peras salen de un árbol llamado peral y que el olmo es un árbol que da otro fruto.

Mi abuela agarró la ropa del lavarropa y salió del lavadero. A ritmo lento y como si bailase un pericón, tambaleando sus anchas caderas de lado a lado, chancleteando sus alpargatas oscuras y sosteniendo su falda violeta para no pisarla, se dirigió al tendal.

Al llegar se paró frente a él, apoyó su palangana reseca por el sol en una banqueta de hierro y estirando sus músculos entumecidos empezó a colgar la ropa en el tendal. Esa sogá que cruzaba de lado a lado el patio y que Coca llamaba tendal, hasta no hacía mucho tiempo había sido uno de mis juguetes favoritos.

–¿Qué se le va a hacer Josefa? ¿Qué se puede esperar del burro más que una patada? “Pobre burro, siempre cae en la volteada”, pensé. Don Martín, el marido de Josefa intentó intervenir en la conversación y terminó censurado con lo que siempre le decimos a los metidos: “¿Quién te ha dado vela en este entierro?”. Mi abuela terminó de tender la ropa y al oír el timbre, corrió a atender al chico de la rotisería, olvidándose de todos sus dolores de cadera.

“Cómo le hacés el ‘ole’ a la cocina abuelita querida, una vez más te saliste con la tuya. Comida de *delivery* y la cocina ahí está, muerta de risa” pensé. Entré detrás de ella y puse la mesa. Nos sentamos a almorzar y la charla de mi abuela con Josefa y Don Martín quedó pausada.

Es sábado, pasaron 15 años de aquel almuerzo. Con Coca comemos el mismo menú que aquella vez: milanesas y tortilla de papas con cebolla. Las trajo el repartidor de siempre, al cual se le sumaron varias canas en el pelo. Miro a mi abuela, está un poco más arrugada y la tintura cubre sus canas, sin embargo sigue siendo ella, sigue luciendo sus remeras lisas con mostacillas y sus polleras largas.

Mi abuela se mudó hace más de 5 años, no vive más en la casa donde pasé mi infancia, no conozco a los vecinos y ya no escucho los chusmeríos de Josefa y Don Martín. La sogá con la que tanto jugué al tierra-mar, se perdió en la mudanza. El tapial blanco gastado con musgo a los costados no es más el mediador de charlas.

El entorno cambió, los años pasaron, la esencia de mi abuela sigue siendo la de siempre. Coca se adaptó a estos tiempos, aceptó costumbres de las nuevas generaciones, se modernizó. Aún así sus dichos son sagrados, siguen intactos. Por suerte sigo disfrutando de los dichos de la abuela, hoy la sigo escuchando decir que del burro no se puede esperar más que una patada y que las peras solo se le pueden pedir al peral.

008/
**¿QUIÉN ES NATALIO
RUIZ?**

Dónde estás ahora Natalio Ruiz,
el hombrecito del sombrero gris.
Te recuerdo hoy con tus anteojos,
que hombre serio paseando por la
plaza.

De qué sirvió cuidarte tanto de la tos,
no tomar más de lo que el médico
indicó,

cuidar la forma por el qué dirán.
Natalio Ruiz, el hombrecito del som-
brero gris - Sui Géneris

Disco: Vida, 1972.

EL OSVALDO ILUSTRADO

Lo conocen como el canillita del pueblo, pero es bastante más que eso. Osvaldo es ciudadano ilustre de Darregueira, junta botellas de vidrio y le pone cantos a las calles silenciosas. Osvaldo es ineludible. No hay día en el que no ande con su carrito cantando canciones de la Iglesia Católica. Osvaldo sabe qué día, en qué horario y en qué capilla se celebra misa. Va a la radio a dar los avisos parroquiales y también dice cuándo va a haber baile de los alemanes del “Volga”. Osvaldo pasa por todas las casas del pueblo y, entre ellas, pasa por la mía.

–¡Ehhh, Sept! ¿Hay botellas? ¿Muchas? – dice con tono agudo y nervioso.

–Sí Osvaldo, pará que ahí te abro el portón del garage.

Mi viejo guarda ahí en un rincón los esqueletos de las botellas que nos pusieron filosóficos en muchas madrugadas. Todas son para Osvaldo o Jorge, su hermano mellizo.

–Che, Osvaldo, hoy es mi cumpleaños –le digo.

Osvaldo sonrío y abre mucho la boca para mostrarme sus dientes marrones. Los ojos se le achinan y su cara, curtida por el sol y el calor seco, se le arruga.

–*Cumpleaños feliz, que los cumplas feliz, cumpleaños, cumpleaños, que los cumplas feliz.*

Cuando lo canta, aplaude con las manos callosas en posición recta y con movimientos toscos. En ningún momento deja de sonreír y sigue con los ojos cerrados. Parece un Buda de esos que se encuentran en cualquier bazar. Pero Osvaldo es de carne y hueso y sufre mucho.

–Gracias Osvaldo, qué alegría que caíste justo hoy.

–¿Cuántos cumplís, che?

–16.

–Ah chica, ya estás grande che –se da vuelta y lo mira a mi viejo –¿Y las botellas Sept?

–Ahí te las traje Osvaldo.

–¡Uyyy! Son muchas che, me van a pesar y me duele la espalda Sept. Y las rodillas... vos sabés que tengo un huevo así –se señala la rodilla derecha y se levanta el pantalón –. Mirá. Mirá Sept, estoy hecho bolsa, ¡ay, qué dolor! –su cara se arruga, pero no de risa –¿No tenés coca o algo para comer?

–No, no tomamos Coca. Te ofrezco agua si querés.

–Bueno, bueno. Chica, ¿me ayudás a poner las botellas? Cómo toman acá, ¿eh?

Osvaldo se toma el vaso de agua en dos tiempos. Cuando lo termina, suelta un “ahh” y sonrío.

–Bueno Sept, chau, chau. Y feliz cumpleaños che.

“*Tocreto, tocreto, tu vida es tocreto*” es la canción que elige para seguir su camino. En realidad *tocreto* es “tu Cristo”. Es una canción de la iglesia, mi vieja la conoce bien porque va seguido a misa. Una vez nos contó que Osvaldo había ido un domingo y que el cura lo echó porque tenía “olor a oveja”. Y yo me imaginé a Osvaldo lleno de lana, no sé por qué. También pensé en la hipocresía de ese cura bruto que adelante de todos, en plena homilía, le gritó eso, pero después hablaba de Jesús mezclado entre los pobres y los marginados.

En Darregueira decís “Osvaldo” y la reacción es una sonrisa. Todo el pueblo tiene alguna anécdota con él. Con el boom de las redes sociales, alguien armó una página en *Facebook* sobre Osvaldo y hay muchas fotos de él. No creo que Osvaldo lo sepa.

Decís “Osvaldo” y la reacción es una sonrisa. Una sonrisa burlona, seguida de alguna supuesta anécdota hilarante que en realidad es, básicamente, reírse de él. Ya sea el idiota, como yo, que pide que le cante el feliz cumpleaños aunque no sea cierto, para que se detenga a hacerlo y disfrutar del pequeño acto bufonesco del día. O el que le grita “Jorge” para hacerlo enojar porque sabe que odia que lo confundan con su hermano. O amenazarlo con decirle a su cuñada que se mandó una cagada para que se ponga nervioso y te suplique que no, que por favor no digas nada, que lo va a cagar a palos sino.

Todos pasamos en algún momento la etapa de boludear a Osvaldo y reírnos de él, perversamente, como si tuviéramos un poquito de placer en el ego, sintiéndonos superiores y resguardándonos bajo la picardía inocente de una tarde de domingo. La cuestión es que algunos no lo consideran etapa y lo conciben como un modo de vida.

Hay una cosa un poco ambivalente en cómo el darregueirense medio percibe a Osvaldo: por un lado se lo reivindica y por el otro, se lo bastardea con esos pequeños gestos cotidianos. “Osvaldo es El personaje del pueblo, pero también le faltan algunos jugadores, viste, además anda siempre sucio y gritando y se te cruza en el medio de la calle. Es terrible”, he escuchado más de una vez. Osvaldo es “ciudadano ilustre” por un día, con placa y fotito con el Intendente en el aniversario del pueblo, pero es estigmatizado el resto de los días.

Lo conocen como el canillita del pueblo, pero Osvaldo es el sucio, el bufón, el que siempre tiene hambre y el que te despierta de la siesta con sus gritos, pidiendo botellas. Osvaldo incomoda con sus manos callosas, con sus historias de golpes y abusos, con su sonrisa de dientes marrones, a pesar de todo. Osvaldo te recuerda que hasta en un pueblo perdido en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires hay pobreza y hay marginación. Osvaldo sigue con su carrito pasando por todas las casas, todos los días, y entre ellas, pasa por la mía. Ya no le voy a mentir con que es mi cumpleaños,

porque me da culpa hacerlo y me da vergüenza ajena la gente que lo sigue haciendo para reírse un rato y decir “qué cosa este Osvaldo” y seguir camino a la Iglesia para comer santos y cagar diablos en la misa del cura que ve en Osvaldo una oveja y no una persona.

Varios de los papás de mis compañeros eran socios del Centro de Empleados de Comercio. Está en el acceso del pueblo, no me acuerdo exactamente a cuantos kilómetros. Tiene un lindo salón, con un patio enorme, decorado con flores, árboles y tiene juegos: un tobogán, hamacas, un subibaja y una especie de castillo de material. Muchos hicieron sus cumpleaños ahí.

Recuerdo que durante el cumpleaños a veces sentíamos un rugido fuerte y salíamos todos corriendo a la quinta que estaba pegada al Centro para estrujarnos en el portón a mirar por la rejillas de madera. A algunos metros de la puerta había un león viejo y deshilachado que descansaba encerrado en lugar muy chico.

Una vez vimos un perro gigante que caminaba en una jaula redonda y siempre discutimos sobre si era un dingo o una hiena. También buscábamos un mono que supuestamente había.

La quinta del león era de Luiz Ranzi. El loco Ranzi. Lo cierto es que tenía tres leones más pero después de muchas denuncias se los llevaron. Quedó uno, encerrado en una jaula de dos por dos más o menos y tan débil que ni siquiera podía levantarse y caminar.

Hace algunos años, apenas me había ido a vivir a La Plata, cuando volvía a Lincoln, mi mamá y mi abuela tenían la costumbre de escuchar la radio...

—Uy, otra vez este tipo, la puta madre, ¿nadie le dice que parece un ridículo?— les hablaba del ex intendente que tenía un programa todos los domingos y lo abría cantando “El Matador” de Cacho Castaña.

—Shhh, dejame escuchar a ver que dice— mi mamá era bastante fan del programa. Tenía que estar al tanto de todo.

—¡Pero mirá que va a cantar “El Matador”!

—Y bueno, es el tema que cantó en el carnaval— me respondió mi abuela a las carcajadas.

Y si, el tipo tenía un programa para hacerse propaganda a sí mismo y para hacer un poco de conventillo también. Tiraba siempre algún que otro sobrenombre o chisme municipal. Por ejemplo a una concejal de la gestión actual que él le decía “la tía solterona”. Abría y cerraba el programa cantando a los gritos, porque desafinaba como un perro pero “El Matador” era el que más repetía porque, como dijo mi abuela, había pasado por el carnaval en el carro del loco Ranzi cantando ese tema. Se había disfrazado de rey.

El loco Ranzi sigue pasando en su carro y como todos los concursantes, lo va tuneando. Ahora no pasa con ex-intendente porque está preso, tampoco lo escucha mi

abuela en la radio portátil negra.

Ranzi es el “Tributo a Cacho”. Anda vestido medio de *cowboy*, medio como Cacho Castaña. Para su *show* puede vestirse todo de negro, con camisa, pantalón y botas o todo de blanco. Pero nunca falta el sombrero texano sobre el pelo largo por debajo de los hombros y el pecho al aire.

No sé exactamente dónde vive Luis. Antes vivía en una esquina cerca de un bar, a una cuadra de la “Alem” pero dicen que su señora lo echó porque le pegaba. También dicen que lo había denunciado. Y hablando de decir, también dicen que vivía en su camión: en un *motorhome* viejo, todo negro que tiene escrito en letras rojas “100% Luis Ranzi” y “Tributo a Cacho”.

Una buena pregunta sobre él sería ¿cómo carajo consiguió cuatro leones? Bueno, hace mucho tiempo vino un circo a Lincoln y cuando se fue, Ranzi se fue con ellos. El teléfono roto del pueblo dijo que fue porque tuvo un amorío con la hija del jefe, y cuando se desarmó el circo, él se trajo los animales para hacer un zoológico.

No tengo tanto recuerdo de él, solo en el corso y en algún evento de la Municipalidad. No sé si está enamorado de su pueblo o lo odia pero siempre está ahí.

Pocas veces que lo vi a Ranzi fuera de su *show*, fue en un bar en el centro, “Sabor”. Ranzi iba asociado automáticamente con “la noche”, diría mi tío, que me decía que tenía olor a noche cuando iba a comer a lo de mi abuela el domingo al mediodía después de salir. Y en Lincoln no se podía pensar la noche sin pensar en “Sabor”.

Tenía un amigo, Martín, que trabajó muchos tiempo en “Sabor”. Ahora es una tienda deportiva. El empleado del bar del pueblo es una figura muy particular porque no hay 20 bares, hay dos o tres -con mucha suerte-. Entonces todos conocen a los cuatro o cinco que atienden la barra, porque cualquiera que pase en algún momento de la noche a tomar una cerveza, que quiera invitar a alguien a salir, o festejar su cumpleaños, es atendido por ellos. Así que grandes y chicos, pobres y ricos, tienen que pasar por el mismo lugar. Al mismo tiempo, los empleados descubren la faceta más pura de los linqueños, porque seguramente fueron a pedirle un trago en el estado más delicado, o se colgaron a hablarle en pedo como si fuera un amigo de toda la vida. Más de alguna chica se pasó la noche chamuyándolos para que le regalen un trago y vieron situaciones que no tienen que acordarse durante el día. Así que siempre hay que llevarse bien con el que atiende la barra porque trae beneficios, si está de buen humor y el dueño no ve, seguro te regala algo.

En las noches de carnaval, Sabor, quedaba perfectamente ubicado: sobre la avenida del recorrido y casi a una cuadra de la plaza principal. Así que cuando terminaban las atracciones del corso y comenzaba el show en el escenario de la Plaza Rivadavia, “Sabor” usaba las vallas que dividían la vereda de la calle para extender su pista de la puerta hasta el fin de la vereda. Como conocía a Martín, podía entrar y salir del

VIP improvisado.

Usualmente el carnaval es una época donde el alcohol está muy presente, donde la gente se desinhibe porque está justificado tomar en esas fechas, igual que en las fiestas de fin de año. Además porque no es necesario consumir en un cantina o en un bar. Hasta el que no llega económicamente a ese consumo, va al festejo con su conservadora para aguantar toda la noche con lo que compró a la tarde en el chino. Cuando tenía 20 años fue uno de los últimos veranos de Sabor. Estaba parada en el *VIP* con un vaso de cerveza en la mano y tambaleándome por todo lo que había tomado. Me había puesto un short de jean y una remera blanca toda mojada por la espuma, vi que tres tipos vestidos como Ranzi me miraban fijo. Era él con dos amigos que no parecían ser de Lincoln. Siguieron mirándome y no dijeron nada pero con verle los ojos se me fue la borrachera del susto, y empecé a buscar alrededor un cara amiga que me salvara de ser su presa. Vi a Martín y me colgué de su cuello buscando protección. Él entendió todo cuando nos rodearon los tres con las babas hasta el piso, entonces les pidió que se calmen y dijo: “la piba está conmigo”. Lo palmearon en la espalda y le dijeron “¡grande Tinchito! Muy bien”, mientras yo me iba despacito sin emitir sonido.

Esa fue la imagen que me quedó del loco Ranzi. Cada tanto alguien habla de él y pienso como será en la intimidad, como amigo, hijo u otra relación que no sea conocerlo como “el loco”. No sé qué pensarán los que hablan de él si alguna vez leen esto. Pero cuando entro en la duda, me acuerdo de que me vio como un cacho de carne y que tenía 4 leones encerrados en unas jaulas y me acuerdo porqué quería escribir esto.

BARTOLO DE PEHUAJÓ

Camino por el centro de “Pehua” en busca de una remera, no encuentro absolutamente nada. No hay ninguna que me guste, ni una cumple con lo que pensaba comprarme. Mi buena predisposición se convierte en cara de culo. Casi ninguna vendedora me atiende con buena onda, estoy a un paso de plantar bandera y rendirme.

–Atiendan bien a esa chica, el color negro le queda bien.

La voz que escuché me sonó conocida. Gire la cabeza y confirmé mi sospecha, era Bartolo. Verlo me alegró mucho, hacía rato no lo cruzaba. Su comentario además de hacerme sonreír, me hizo renovar las ganas de buscar una remera.

–¿Qué pasa querida? ¿No encontrás nada que te guste? ¡No des tantas vueltas, si a vos todo te queda bien!

Bartolo es el aguatero más conocido del pueblo, divertido como pocos, siempre anda de buen humor. En Pehuajó lo conocemos por su trabajo actual pero también, por sus trabajos anteriores. Antes de ser aguatero, fue canillita del Diario Noticias, albañil, empleado del secadero de manzanilla, almacenero y atendió la barra de “Roá”, un bar céntrico.

En su juventud fue apodado como “El Mono” por el célebre arquero de Boca Juniors. Es que Bartolo, además de ser hincha fanático, defendía el arco del Club Atlético Calaveras. Más avanzado en los años, teniendo su experiencia como jugador, se animó a dirigir y junto a sus compañeros conformó el cuerpo técnico durante varios campeonatos.

Por las tardes ensaya su show en la cocina de su casa, pero por la mañana se levanta, pasa por “Agua Sur” -una distribuidora de agua de mesa-, se toma unos mates con su compañero Saul, agarra la hoja de repartos y sale a recorrer las calles del pueblo. Siempre espero cruzarlo, me gusta pegarle un grito y levantarle la mano, pero más me gusta esperar su respuesta porque es risa asegurada.

–Siempre en la calle vos, mintiéndole a la gente –. Dije con tono amistoso y riéndome.

–No te mentí el negro te sienta bien –. Respondió apuntándome.

El Bartolazo es un *show* conocido en Pehuajó y la zona. Una luz focal en la oscuridad del escenario, marca el inicio del espectáculo. Bartolo aparece con una bata roja. El cuello de su camisa blanca no tiene ningún tipo de doblez. Las nenas se hacen escuchar. Bartolo tiene todos los gestos y movimientos del “Gitano”, por momentos da impresión. Después de los aplausos viene la interacción con el público. La imitación queda atrás y el *show* entra en un clima cómico y de bailanta. Suena *La cumbia de un solo tono* y se arma el baile. La fiesta dura hasta el último acorde del *Baile del taka*

taka, última canción de su repertorio.

–¿Para cuándo un Bartolazo? –le pregunté.

Bartolo me guiñó el ojo y se despidió subiéndose a la camioneta de reparto. “Bartolazo”, así se llama su *show*. Las tres veces que lo vi llore de risa, el espectáculo que hace es sencillo y muy divertido. Incluye imitaciones, coreografías y chistes. “Este Bartolo es de terror” pensé. Le pagué a la cajera y salí de la tienda. Me terminé comprando la remera negra.

**009/
EL JET SET
PUEBLERINO**

El show debe seguir, esta todo OK.

Lo que para arriba es excéntrico
para abajo es ridiculez.

Por qué no puedo ser del jet set - Soda
Stereo

Disco: Soda Stereo, 1984.

LA BECHARA, ÍDOLA

El 25 de mayo del 2015, volví a La Plata eufórica y esperanzada. Celebramos la Revolución de Mayo en la plaza, cantando y escuchando el último discurso de Cristina sobre defender el legado de Belgrano, de Castelli o de Moreno.

Decidí abrir *Facebook*, casi autómatas, como por lo general son estas cuestiones. La costumbre es *scrollar* y ya. Mis contactos darregueirenses estaban más participativos que nunca en el inicio. No hablaban de Moreno, no hablaban de Saavedra o de revoluciones. El motivo que los convocaba tenía un solo nombre: Ailén. “Ailén en el *Bailando*”. “Ailén con Tinelli”. “Darregueira con Ailén”. “Darregueira en el *Bailando*”. “Darregueira es famoso”.

Marcelo Tinelli también estaba eufórico y esperanzado. Inauguraba un nuevo ciclo del programa con el que triunfa desde el año 2006 en la pantalla de Canal 13, a fuerza de escándalos mediáticos y cortes de pollera que traspasaron más de una vez los límites del consentimiento. Lo curioso de ese éxito es que el “*Bailando*” es un programa metrópoli y tiene diversos programas colonias, donde Listorti, Iúdica o Paula Chaves son virreyes que se encargan de estar las veinticuatro horas analizando cómo miró éste a aquél otro y por qué aquella no saludó a la otra en un ensayo.

Tinelli sonreía porque esa noche su reinado siguió vigente en el *rating*, a pesar de que habían pasado nueve años de la primera vez que apostó a este tipo de programa. Sobre el final, Tinelli presentó a Ailén. Tinelli tiene una voz estridente, pero seductora. –Una de las chicas más simpáticas del medio, se hizo conocida como azafata de Guido Kaczka en *A todo o nada*. Renunció al programa para hacer un musical en Este es el *show* como un casting en vivo. Finalmente, entró al “*Bailando*”, dijo que tiene miedo porque no tiene padrinos ni nadie que la proteja... y bue.

“La enana” Feudale lanzó un “uhhh” cuando Tinelli mencionó lo de los padrinos, como una arenga a que ya se arme quilombo desde el primer momento.

Tinelli no escatimó voz:

–Señoras y señores, con ustedes, el señor Fernando Bertona y la señorita AILÉN BECHAAARAAAAA.

La Ailén Bechara que salió por esa puerta con música triunfante era totalmente distinta a la piba de Darregueira que un día armó las valijas para irse a estudiar Ciencias Políticas a la UBA. Pasaron siete años y el abandono de una carrera universitaria para arrancar otra como promotora y modelo. La que salió por esa puerta era una caricatura de Ailén Bechara, haciendo un sobreesfuerzo por sonreír y mostrar sus dientes grandes. No sé por qué esa forma de sonreír me hace acordar a Moni Argentino.

Fue chocante su apariencia de *Barbie* con carne, pero más aún, su manera de hablar. Se notaba que ella quería ser porteña, pero le salía del alma darregueirenses el tonito de pueblerina. Un mix que hacía mucho ruido. *Ailén* ya no era Ailén.

No tengo demasiados recuerdos de cuando la cruzaba a ella y sus compañeras en el colegio San Antonio. Yo estaba en el primer año de la secundaria, con el pelo atado y reprimido, la pollera que respetaba rabiosamente los dos dedos sobre la rodilla, como pedía la Hermana Alfonsa, y miraba todo lo nuevo con recelo. Ailén Bechara estaba en el último año, y ella y sus amigas siempre estaban con el pelo suelto y la pollera unos cuantos dedos más arriba. No les importaba demasiado lo que dijera Alfonsa. Esa mini rebeldía adolescente me resultaba atractiva. Eran unas *rebelde way* desfasadas, porque ya era 2007 y la onda era ser *teen angel*. Cris Morena siempre marcó tendencia y las tendencias a Darregueira siempre llegaron tarde.

–Acá está toda la hinchada– dijo Tinelli, medio riendo.

El cameo mostraba a gente de Darregueira, gente que yo conocía en persona, por primera vez. Ahí estaba la mamá de Ailén, Mimy, que tiene una *boutique* en Darregueira. A veces le compraba ropa. Un día fui y tenía una tele gigante.

–Para verla a Ailu –me dijo señalando a la pared –¿Sabías que trabaja con Guido en la tele, nena?

Cuando Ailén arrancó en *A todo o nada*, empezó a tener más legitimidad, aunque menos que cuando llegó al “*Bailando*”. Ahí se convirtió efectivamente en “Ailén” con carita sonriente y palabras amables. En ese período de transición, recuerdo, era “esa trola de Ailén Bechara”. O, afirmaban varios, “seguro se lo cogió al Guido para estar ahí”.

Vuelvo a mis doce años, cuando la veía libre, con el pelo suelto y la sonrisa gigante sin esfuerzo. Me acuerdo de una merienda en la casa de una compañerita. Su mamá decía que “no hay que ser como las Bechara, que son unas putas y se sacan fotos en bolas en la plaza”. Esa sentencia me dijo muchas cosas. Yo no podía ponerme en pedo, ni comerme un flaco si pintaba esa noche, o divertirme con mis amigas, o vivir mi sexualidad como se me ocurriera. No podía ser como Ailén ni como Valeria, su prima. Las dos tenían la misma edad, entonces siempre las nombraban en yunta, como si fueran siamesas. Del rumor de la plaza y eso se habló mucho, parece que los morbos de algunos habitantes del pueblo se alimentaban de ver a menores de edad en pelotas.

–TE AMO AILÉN, TE AMO FUERTE, ÍDOLAAAAA –gritaba Charles, un pibe del pueblo que fue a hacerle el aguante al *Bailando*, queriendo imitar al fan de Wanda Nara. Le regaló a Tinelli lo que nos da status a los darregueirenses: unos chorizos secos. Los mejores de la zona, sin ningún tipo de humildad –. Es el tercer viaje que hacemos, Marcelo, 600 kilómetros para venir a verla a Ailén.

Cuando Charles le dio los regalos a Tinelli, pusieron una chacarera de fondo. Siempre nos asocian con el folclore. Qué paja.

–Pará Marce, la gente quiere saber algo en la casa... y nosotros también –dijo Ailén sin perder la sonrisa.

El *mix* en la forma de hablar entre el pueblo y la ciudad, el desarraigo de “no soy de aquí ni soy de allá”, se acentuaba cada vez que ella metía palabra.

–Acá queremos saber quién sería el famoso en la pareja.

–No, todavía no llegó, no, s... AHHHH.

Tinelli se encorvó para reírse, como lo hizo desde sus primeras apariciones con *Videomatch*.

–Muy humilde, me gusta.

Quizás esta Ailén no era tan cheta y fruncida como la pintaban en el pueblo. Porque además de puta, era agrandada. Todo el combo del mal metido en ella. Todavía se daba el tupé de hacerse la canchera, según un profesor del colegio al que diagnosticué como machista terminal aún antes de que el feminismo llegara a mi vida. Ailén provocaba, para bien o para mal. Y eso era molesto para los guardianes de la moral y las buenas costumbres (católicas apostólicas romanas, por supuesto).

Jorge, el papá de Ailén, leía todos los domingos en misa, era profundamente católico. Y por detrás, las viejas ricachonas decían “cómo va a pisar la Iglesia este puto de mierda”. Cuando su hija se hizo famosa, él empapeló toda su zapatería con fotos de ella en campañas de ropa interior. No le alcanzó para la tele grande. Ailén y Matías, su otro hijo, al que catalogaban de “corto” en el pueblo, eran su empuje.

Finalmente, Ailén bailó disco. *Can't take my eyes off you*, de Gloria Gaynor. Temazo. El baile no convenció al jurado. Ángel de Brito le dijo que no se copie las previas de otros con lo del fan y los regalitos. Nacha Guevara le dijo que aprenda a hablar bien. Moria fue más benévola, habló a favor de su cara “siempre vendiendo” pero, fiel a su lengua karateca, le dijo que deje de acostarse con señores y se ponga a practicar baile, además de reafirmar lo que dijo Nacha. Polino, como siempre, fue el malo de la película y la tildó de “lastre” de su compañero y de su *coach*.

En todo ese año en el programa de Tinelli, Ailén Bechara supo ganarse al público y aprendió un poquito más de baile. Las votaciones por teléfono fueron sus salvadoras más de una vez. En mi inicio de Facebook, aparecía una y otra vez la imagen de Ailén para que la votemos por SMS. A veces, en algún descanso, Ailén venía a Darregueira a visitar a su familia. Le pedían fotos en la calle, en la *boutique* de su mamá, a donde fuera, “foto con Ailén”. La ídola, la representante del pueblo.

Cuando llegó a la final del *Bailando*, la gente se reunió en la plaza para hacer un banderazo por ella y mandarle el video para apoyarla. En Darregueira, el pueblo en el que nadie sale a la calle para protestar por crisis o medidas antipopulares, o para

apoyar a los docentes. Cuando vi la foto del banderazo, encontré a la mamá de esa compañerita que me dijo que no tenía que ser como las Bechara. Muy sonriente ella, con un cartelito con corazones y todo.

El día de la final, parecía como si Argentina hubiera jugado la final del Mundial de fútbol. Las calles del pueblo más vacías que nunca, las redes explotando por la intriga, las teles con el volumen alto y los bocados de comida que se caían por mirar fijamente la pantalla sin perder detalle.

–Hay que bancar a Ailén –sentenciaron. Así, sin cuestionamientos. Ya no importaba el pasado, bien pisado que está.

Ailén Bechara se vengó, quizás sin saberlo, de aquellos que le decían “puta” y “fruncida” a sus espaldas, de los que le cerraban las puertas a su padre por “puto”, de los que ignoraban a su hermano por ser “corto”. Ahí estaba, compitiendo con el hijo de Carmen Barbieri. Subcampeona. Nunca ningún darregueirense había llegado tan lejos en la tele.

Ahora sí es una profeta bien recibida en su tierra.

LINCOLN DE SCHIAVI

Schiavi, sí. No, no sé quién es. No me interesa, pero no es personal. Es que no me caen bien los jugadores de Boca. Porque me cae un poco mal Boca y en general el fútbol me genera cierto rechazo. No siento nada de popular en él, ni tampoco algo cálido o alguna nostalgia.

Mi papá es hincha de Boca Juniors y como consecuencia, mi hermano también. No tengo recuerdo de mi viejo rompiendo cosas por un partido, pero sí de verlo enojado o puteando con su voz de locutor, que hace que parezca más intimidante. Mi hermano en cambio, con los cachetes colorados, que resaltan en su piel blanca de gringo, lloraba, gritaba y puteaba. Al final, si todo iba mal, rompía la pata de la mesa, una silla o se rompía los dedos dando una piña contra la pared.

Con todos los clichés del fútbol, eran cabuleros. Yo podía entrar dependiendo de la suerte que daba. El perro era mufa, así que lo sacaban cagando. Cuando sos chiquita, siempre buscas un poco o mucha atención y en el momento del partido me he comido un par de cagadas a pedos por eso.

Por eso odio al fútbol. A mi mamá no parecía importarle y creo que la actitud de mi hermano y mi papá le molestaba tanto como a mí. Así que ella tampoco es tan entusiasta por la cultura futbolística.

Cuando me fui a vivir a La Plata un compañero de facultad me preguntó si lo conocía al “Flaco” Schiavi por ser de Lincoln. “No, qué sé yo. Creo que no vive en Lincoln”, respondí. “Pero ¿cómo no vas a conocer al Rolo?, ¿sos tarada?”. Esa pregunta vino asociada a muchas otras porque yo no sabía exactamente quién era cuando me preguntaban. Después sí, ya me lo aprendí y hasta tenía un discursito armado: “Sí, sí. Es de ahí. Del Club Rivadavia. Lo conozco al hijo porque tiene mi edad pero no, no lo vi nunca”.

Todo lo que soy es porque soy de Lincoln. Soy nacida y criada en Lincoln. Tuve mis primeros amigos, estudié y me copié para mi primer examen. Puteé y me cagué a palos en escuela. Aprendí a andar en bicicleta y en auto. Choqué por primera vez, me emborraché y vomité después. Di mi primer beso, me mandé cagadas, me arrepentí. Discutí con alguien porque no estaba de acuerdo con lo que decía y me quedé sin argumentos, en Lincoln.

Me cuesta creer que al lado mío y de mi pueblo tenga que ir Rolando Schiavi. Sin embargo, no tenemos nada en común. No nos conocemos, no frecuentamos los mismos lugares y ni siquiera sé si pensamos parecido.

Conocí a muchos Schiavi en Lincoln y me costaba asociar al hijo con el padre. Solamente cuando llegaba su cumpleaños y las fotos de los compañeros de colegio con el

Rolo, inundaban mi muro de Facebook. Hubo otros famosos, como Walter Tamer, representante de Mascherano, Fernando Signorini, entrenador físico de Maradona y Ludovico di Santo, que creo que vivió un tiempo nada más pero todos sacan chapa diciendo que es de Lincoln.

Pero ninguno de ellos es tan conocido y exitoso como el “Flaco”. Tiene otros hermanos, dicen que uno era mucho mejor jugando que él, pero no le metió tanta garra. Yo creo que también a veces toca y otras no. Uno puso un local de ropa en Lincoln. Fui a probarme una remera una vez y me atendió un pibe re simpático, que por la altura y la nariz prominente, deduje que era claramente un Schiavi.

La primera vez que lo busque en internet fue para escribir sobre él. Me enteré que había andado con Sandra Bullock, que incluso a ella le llegó el rumor y lo negó. Puse “Schiavi” en el buscador y por debajo: “Sandra Bullock”, “patadas”, “apendicitis”, “hijos”, “hermano”, “Estudiantes”.

Ahí mismo encontré una entrevista que le hizo el “El Gráfico” hace varios años. Empezó a jugar en Rivadavia, en el mismo club donde yo tengo mis primeros recuerdos de la pileta, de los cumpleaños de mi hermano y la primera vez que fui a ver un partido de fútbol en una cancha. El club donde fueron mis bailes del estudiante y donde ganamos. También salía y se emborrachaba con sus amigos pero no eran las mismas épocas, dijo que viajaban a Vedia para salir.

En esa entrevista le encontré una frase que detesto: “la cultura del trabajo”. El papá tenía una carnicería y trabajó con él toda la secundaria, entonces se quejaba que hoy los pibes son medios agrandados y no tienen dicha cultura. En esa nota dijo que su viejo todavía laburaba. Por ahí los pibes de ahora no son como su papá.

Cuando contaba que en el colegio iba siempre a las piñas, no estudiaba un carajo y que una vez se llevó ocho materias, las sacó todas y a pesar de eso “meterle joda y que todo el año es carnaval”, como decía mi viejo. No parece distinto a cualquier amigo linqueño que deseaba más que nada jugar al fútbol. De mi salón la mayoría eran futbolistas, jugaban en Rivadavia, en Linqueño, en Argentino o el Juventud. Caminaban todos iguales con las patas en forma de paréntesis porque les quedaba algún rasgo del entrenamiento. Durante años no salieron los viernes porque entrenaban los sábados hasta que abandonaron la carrera. Y al igual que Rolo, alguna vez los escuché hablar de la cultura del trabajo o decir que se habían cogido a alguna mina para quedar más piolas. Igual que Schiavi, cuando soltó lo de Sandra Bullock y Fantino se tiró al piso a alabarlo.

La última vez que jugó fue para Rivadavia, antes de retirarse en el 2014. El Diario *Olé* dijo que no había sido un día más para la gente de Lincoln, lugar de nacimiento de “dos personalidades históricas, cada una en su disciplina: el escritor y político Arturo Jauretche, y claro, nada menos que Rolando Schiavi”.

Schiavi dejó una enseñanza: por ahí a vos te puede tocar, por ahí a vos que sacrificás todo, el día de mañana podés jugar en Boca, en China o en la Selección. Que hay que trabajar duro y nunca olvidar las raíces. Y por eso el pueblo lo ama, porque es alguien de clase media que triunfó con el sueño del pibe: “estar tocado, ser bueno en fútbol, ganar millones y casarse con una reina de belleza”. Me imagino su vida narrada por Fantino, haciendo un tono esperanzador y fingiendo lágrimas. Schiavi es el Maradona de Lincoln pero mejor porque no habla de política, ni es tan polémico. Su familia vive en la misma, siguieron en el pueblo como gente humilde. “No se la creyeron”, dijo alguno.

No me gusta el fútbol pero me gusta ver a Rivadavia, me gusta ir a la cancha y ese es el club del Rolo. Mal que me pese, compartimos eso porque compartimos Lincoln y aunque nada de él me representa, es el ídolo de mi pueblo y en un par de años le van a poner su nombre a algo.

LA TORTUGA DE PEHUAJÓ

Pehuajó es conocido a nivel mundial por Manuelita. Estar relacionados a una tortuga es una constante con la que debemos cargar los pehuajenses.

–¿De dónde sos?

–Soy de Pehuajó, un pueblo del interior de la Provincia de Buenos Aires.

–¡Ah!, donde vive Manuelita.

Manuelita es la protagonista de la canción de María Elena Walsh, es la que partió hacia Europa en busca de belleza y regresó a Pehuajó en busca de su tortugo. Es la que cobró vida en la década de los 90 con la película de García Ferré. Es la que está en el monumento, versionada por un artista pehuajense.

Todos conocemos la historia de Manuelita. Cuando pasás por Pehuajó es casi obligación visitarla. Para los más chicos ese momento es impagable, pero para uno que ya perdió el encanto del mundo infantil es una estatua mal terminada. Una estatua sin ningún encanto, mal pintada y mal hecha. Nos hace conocidos en todo el mundo pero en Pehuajó genera polémica.

Manuelita no encaja con la representación mental que tenemos de ella. Sin embargo, muchos interrumpen su viaje para fotografiarla. O aún peor, omiten la visita a algún familiar con tal de verla. Hace algunos años, mi primo me mandó una foto por *whatsapp* en la que estaban él, su hijo y Manuelita, el epígrafe de la foto decía algo así: “Ya estamos de regreso. Perdón por no visitarte. La próxima será”. Me río por no llorar, mi primo viajó desde Neuquén, no me avisó y encima me cambió por una “tortuga”. Manuelita está a la vera de la Ruta Nacional 5, en el kilómetro 365 y medio, dispuesta a recibir visitas durante las cuatro estaciones del año. Está quieta, estática, pero traspasa fronteras, es conocida en varios países del mundo. Manuelita se comió crudas a varias personalidades pehuajenses. Figuras de renombre como Osmar Maderna, Fernando Belasteguín y Jorge Eduardo Farabollini quedaron opacadas ante la extravagante tortuga.

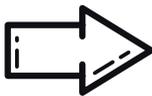
La pintaron con barniz, la plancharon del derecho y del revés, le pusieron peluca y botines, pero de nada sirvió. Ahí está, tan rústica, tan pintarrajeada, con la carterita floreada y la capelina de siempre. Recibiendo visitas, con cara de afligida, arriba de su plataforma. Tiene fieles seguidores y unas cuantas risas burlonas a cuestas.

La tortuga de tez clara nos condenó a ser identificados con ella, pero al regresar vieja como se marchó, minada de arrugas por cruzar el mar, en busca de su gran amor, desesperada por pisar su tierra, nos enseñó que los sentimientos no se doblégan ni ante la distancia.

Manuelita con su metro setenta y pico y su personalidad tímida nos conmueve. Para

bien o para mal o ambas dos, pero genera, por etapas, por épocas. De chica las veces que miré su película termine llorando, hoy a los veintitantos cuando me dicen que soy de la ciudad de la tortuga sonrío, asiento y me agarro la cabeza.

Los ajenos a nuestra tierra la besan, la abrazan y la fotografían; los pehuajenses la tenemos, es nuestro mal necesario y nosotros el de ella. La tenemos por momentos olvidada, por momentos arriba de un pedestal, consagrada; sabiendo que sin Manuelita no hay Pehuajó y sin Pehuajó no hay Manuelita.



ÍNDICE

001- VOLVER A CASA

10- Modo semi cama (*Ingrid Sept Lasser*)

14- Té para tres (*Ailén Ruiz*)

18- Hora de volver (*Florencia Cirolini*)

002 - LAS TRIBUS DE NUESTRAS CALLES

22- El cemento que habla (*Ingrid Sept Lasser*)

24- Homenaje al Sublime Leñador (*Ailén Ruiz*)

28- Si de raíces se trata (*Florencia Cirolini*)

003- ESTO NO ES SÓLO UNA FIESTA POPULAR

32- De bajo presupuesto (*Ingrid Sept Lasser*)

34- La Capital Nacional del Carnaval Artesanal (*Ailén Ruiz*)

38- El rock and roll de los pehuajenses (*Florencia Cirolini*)

004- PEQUEÑAS ANÉCDOTAS SOBRE LAS INSTITUCIONES

42- Una película de Chaplin (*Ingrid Sept Lasser*)

45- Los santos de mi pueblo (*Ailén Ruiz*)

49- La bendita Iglesia (*Florencia Cirolini*)

005- COSTUMBRES BONAERENSES

54- Por favor, mírenme (*Ingrid Sept Lasser*)

58- La Semana del Estudiante (*Ailén Ruiz*)

63- Maradona es azulgrana (*Florencia Cirolini*)

006- EL EJEMPLO UNIVERSAL

68- Yo no soy El Campo (*Ingrid Sept Lasser*)

70- La escuela Normal, la escuela de Sarmiento (*Ailén Ruiz*)

74- Honor y gratitud a Mario (*Florencia Cirolini*)

007- NUESTRAS PALABRAS

78- Dijo Paliche (*Ingrid Sept Lasser*)

80- Últimamente estabas media putita (*Ailén Ruiz*)

84- Charlas a través del tapial (*Florencia Cirolini*)

008- ¿QUIÉN ES NATALIO RUIZ?

88- El Osvaldo ilustrado (*Ingrid Sept Lasser*)

91- El loco Ranzi (*Ailén Ruiz*)

94- Bartolo de Pehuajó (*Florencia Cirolini*)

009- EL JET SET PUEBLERINO

98- La Bechara, ídola (*Ingrid Sept Lasser*)

102- Lincoln de Schiavi (*Ailén Ruiz*)

106- La tortuga de Pehuajó (*Florencia Cirolini*)



Un pueblo es ese lugar donde alrededor de la plaza principal están la Iglesia católica, la sede de gobierno municipal, la primera escuela, la casa del rico y el banco.

Un pueblo es ese lugar donde, a pesar de que las calles tengan nombres, la referencia siempre es “al lado de”, “enfrente de”, “a la vuelta de”.

Un pueblo es ese lugar donde los apellidos son sinónimos de status o de parentesco.

Un pueblo es ese lugar donde está el personaje “tocado” o borracho haciendo payasadas que generan risas socarronas.

Un pueblo es ese lugar donde hay palabras que casi conforman un dialecto.

Un pueblo es ese lugar donde la hora de la siesta se nota en las calles.

Un pueblo es ese lugar donde el silencio es salud, donde lo calladito agrada más que lo rebelde.

Un pueblo es ese lugar donde el que se corre de “lo normal” es desplazado y criticado por detrás.

Un pueblo es ese lugar donde punks, cumbieros, skaters, putos, tortas y trans, no pueden caminar sin que dejen de mirarlos y murmuren.

Un pueblo es ese lugar donde todo eso pasa y seguirá pasando sin que haya demasiados cuestionamientos.

Todos los pueblos son el mismo pueblo.